



LA PRIMERA NAVIDAD DE HARRY

y otros cuentos

G. Norman Lippert

Basado en los personajes y caracteres creados por J.K. Rowling

**LA PRIMERA
NAVIDAD DE HARRY
Y OTROS CUENTOS**



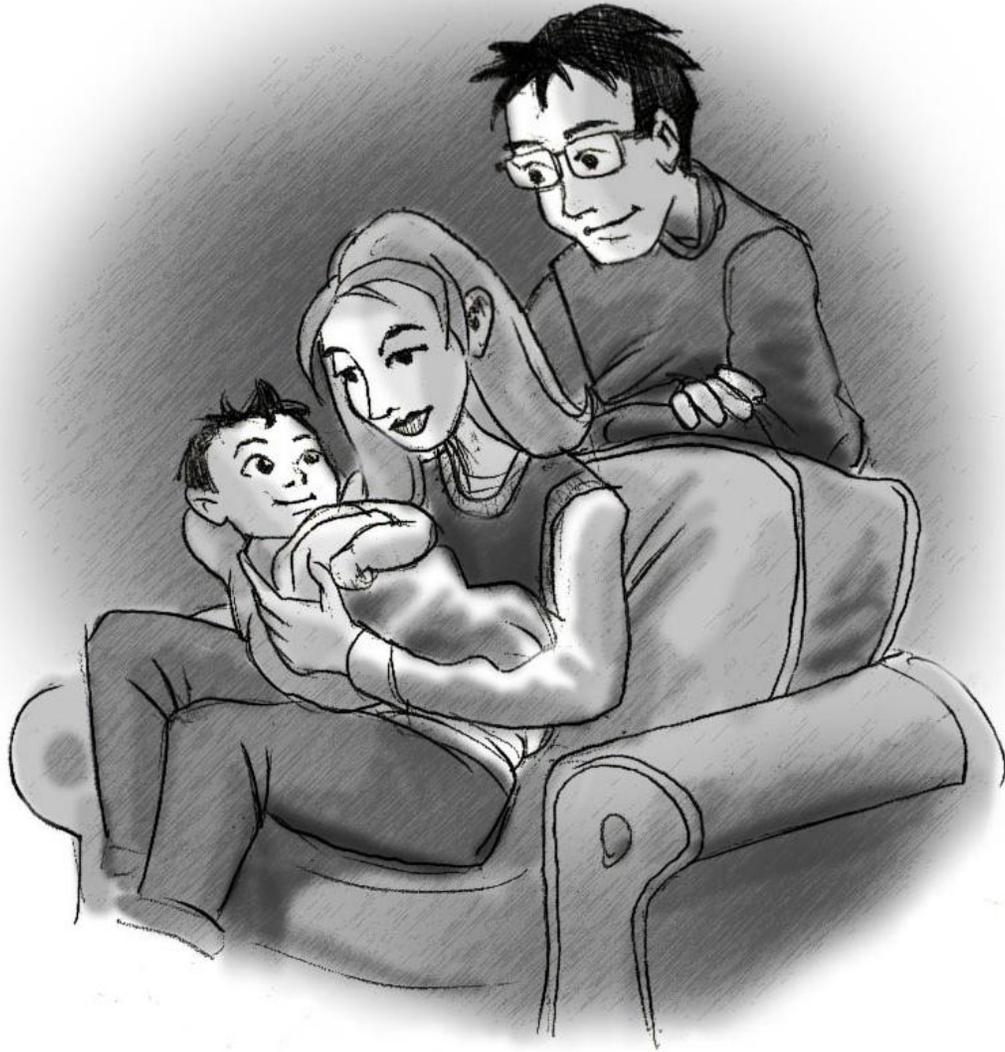
George Norman Lippert

Traducido al español por LLL



Basado en los personajes y caracteres creados por J.K. Rowling

LA PRIMERA NAVIDAD DE HARRY



Un cuento de Navidad de los merodeadores

— **T**engo que admitir —decía el hombre joven, levantando su mentón con gesto de aprobación y mirando hacia la atestada calle—, que la ciudad luce estupenda a final de año.

—Puedes admitir todo lo que quieras —olfateó la mujer de cabellos color castaño rojizo junto a él, pisando en un aceitoso charco del sendero—. Y aún así no será verdad. Tenemos que pasar una Navidad en las colinas aledañas de Berkshire algún día. Nunca me acostumbraré a los muñecos de nieve hechos con espuma de poliestireno empalados en las antenas de los taxis.

—Las luces están espléndidas —comentó el hombre, impasible—. Y el ajetreo y bullicio también. Es como si estuviéramos en el polo norte y todas las personas alrededor fueran los elfos de Papá Noel.

—Ya conocí bastante a los elfos como para saber también que no son *así* de entusiastas por muy festivo que sea, James. —Al hablar bajó su sombrero de lana hasta la altura de las cejas y se estremeció—. ¿Y cómo puede hacer tanto frío sin siquiera estar nevando?

El hombre sonrió y la empujó juguetonamente con la cadera.

—Ya vámonos, Lil. Es la primera vez en meses que estamos fuera de casa solos. Podrá no ser un paseo encantado en trineo por un maravilloso campo nevado, pero aún así es Navidad. Y *alguien* a quién conozco definitivamente va a adorar lo que está dentro de esta bolsa —Levantó una bolsita blanca con las palabras «Shugarwhim's, Callejón Diagon», impresas en letra rojo oscuro.

La mujer sonrió algo testarudamente y le arrebató la bolsa de sus manos.

—Es muy jovencito para saber lo que son pijamas de fútbol. Todo lo que sabe es que mantienen sus piecitos calientes por las noches.

—No estaba hablando de él —respondió quedamente el hombre, James, poniendo los brazos alrededor de la mujer, Lily, y abrigándola mientras caminaban. Ella soltó un pequeño suspiro y se acomodó a su lado.

—Lo adoro, sin importar lo que lleve puesto. Pero el verde realzará sus ojos, ¿no crees?

James elevó los ojos teatralmente.

—Ya me lo figuré la tres veces que preguntaste allá en la tienda. Todavía no he cambiado de opinión, pero podría pensarlo muy bien si lo preguntas una vez más.

—No te molestan mis caprichos, por lo menos aún tenemos solamente uno. Espera a que tengamos la casa llena.

—¿Como aquella familia de allá en la esquina de ventas de Shugarwhim? —respondió James con picardía—. Ni hagas bromas con esa clase cosas. Jamás vi tanto cabello rojo en toda mi vida. Y estoy seguro de que uno de aquellos «encantadores chiquillos» intentó colar a hurtadillas una bomba fétida de Zonko en el bolsillo de mi abrigo. El traviesito no podía tener más de ocho años.

—Ah, ¿pero viste los gemelos? De veras que sería una maravilla, ¿no crees?

—Ahora de verdad me estás tomando el pelo. Practiquemos con un bebé mientras tanto, y ya más *adelante* pensaremos en un equipo de fútbol, ¿de acuerdo?

Lily no respondió. Simplemente permitió que la pequeña bolsa se balanceara en su costado mientras caminaba, sus ojos parecían pensativos. James le echó un vistazo de reojo.

—Aún estás preocupada, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Lily sacudió la cabeza ligeramente, no exactamente en negación, y se encogió de hombros. Suspiró y dijo:

—¿Cómo no estarlo?

James inspiró profundamente mientras se detenían en una ajetreteada intersección. Un autobús cubierto de mugre retumbó allí cerca, tirando hacia atrás un penacho de humo. James se volvió para mirar a su esposa.

—Oíste al director, Lil. Incluso si esa profecía fuese real, estamos perfectamente a salvo. Como dijo, si alguna vez se hace necesario podemos esconder la casa, escoger un guardián de los secretos y permanecer tranquilos hasta que el peligro pase. Si no puedes confiar en el viejo Dumbledore para saber de qué se trata, entonces...

Lily miró directo a los ojos de James, buscándolos, con una ceja muy ligeramente arqueada. Después de un momento, desvió la mirada.

—Vamos —dijo, tirándolo de la mano y bajando por el borde de la acera.

Cruzaron la calle y caminaron en silencio por un rato. La multitud muggle se movía alrededor de ellos como un río alrededor de una roca; tensos y desabridos, cargando

paquetes y llamando taxis. Lily miró hacia las ventanas de los edificios por encima de la abarrotada calle.

Conocía esta área relativamente bien, a pesar de su profesada aversión hacia la ciudad. Una de sus mejores amigas de escuela, Anastacia Troika, ahora vivía al otro lado de la calle, en una residencia de tres pisos sin ascensor. Lily escaneó la construcción y fácilmente encontró la ventana del apartamento de Stacia; luces coloridas parpadeaban detrás de las cortinas de encaje. Transeúntes muggles habrían asumido que aquellas luces eran de la televisión, pero Lily lo sabía mejor. A Stacia le gustaba decorar su árbol de Navidad con pajaritos luminiscentes rusos vivos: sus diminutas alas intermitentes iluminaban el árbol mientras hacían sus pequeños nidos impecables en las ramas. Lily la ayudó a erguir un árbol igual a ese en el dormitorio de las chicas de Gryffindor durante su tercer año, hasta que Dumbledore sugirió que las coloridas alas parpadeantes y el tintineante canto de los pájaros estaba mostrándose bien fastidioso para las chicas que intentaban dormir allí cerca. Lily siempre había sospechado que fue Christiana Corsica la que había reclamado a Dumbledore, y no solamente por que los pájaros la mantenían despierta de noche. Christiana era simplemente una asquerosa y engreída, y tendía a detestar todo lo que podría considerarse más bonito que ella misma. Ésta, al menos, era la sólida convicción de Lily, si no un hecho comprobado. Aunque pareciera raro, Christiana vivía ahora en un lujoso apartamento de la esquina siguiente, junto con su repugnante hermano mellizo, Chrystophan. Ninguno de ellos trabajaba, hasta donde los antiguos amigos de escuela de Lily sabían, pero la familia Corsica era acaudalada, y todo el mundo asumía que la propiedad había sido proporcionada a los gemelos por su ermitaño y retraído padre.

Mientras caminaba junto a James, Lily se preguntó cuántas otras ventanas de allí arriba pertenecían a familias mágicas, o cuántas de aquellas tiendas a lo largo de la ocupada calle eran secretamente administradas por magos y brujas. El callejón Diagon y sus secretas inmediaciones eran muy extensas, y ahora Lily sabía que muchas de aquellas tiendas, que estaban técnicamente fuera del distrito mágico oculto, también mantenían secretamente salones en las trastiendas y oficinas de arriba, dando servicios de comida a los millares de colegas mágicos que viajaban por aquella área cada día; «la corrida del callejón Diagon», como su padre siempre lo había llamado cariñosamente. Algunas de esas tiendas no vendían más que simple culinaria barata, chucherías y artilugios mágicos, como el espantoso reloj cucú que James compró el año anterior, pero algunas de ellas negociaban servicios mucho más sombríos. Sin motivo alguno, Lily pensó de nuevo en los Corsica y su misteriosa residencia. ¿Sería posible que estuvieran, de hecho, involucrados en este tipo de negocio, usando su casa convenientemente ubicada como un lugar de reuniones? Lily sacudió la cabeza, sonriendo un tanto socarronamente. *Solo por que no te gusta, pensó para sí misma, no te da excusas para imaginártela encabezando alguna especie de oscura conspiración.*

Decidió no mencionarle nada a James acerca de sus cavilaciones. Él había odiado rotundamente al hermano Hufflepuff de Christiana, Chrystophan, y probablemente el pobre mentecato sería condenado mentalmente y sentenciado a ir a Azkaban incluso antes de que llegaran a su puerta frontal en Godric's Hollow.

Mientras los dos se acercaban a la esquina próxima, un Papá Noel más bien flaco y de apariencia desdichada tocaba una campanilla y ensalzaba a cualquiera que pudiese oír sobre los impresionantes tratos que podían llevarse a cabo en la tienda tras él. Cuando la pareja pasó por su lado, James cogió por el codo a Lily y tiró de ella fuertemente al rodear la esquina, dirigiéndose hacia una calle lateral estrecha.

— ¿Hacia dónde vamos? — preguntó Lily, frunciendo las cejas hacia su esposo.

— No quiero alarmarte, cariño, solo caminemos un poco más de prisa y mantengamos los ojos bien abiertos.

— ¿De qué rayos estás hablando?

— No estoy tan seguro, pero he sido un espía lo suficiente como para reconocer el espionaje. Creo que alguien está siguiéndonos.

Lily tomó un profundo aliento, pero James habló antes que ella pudiese dar voz a su miedo.

— No te preocupes, Lil, sea lo que sea, no es más viejo que nosotros, y no hay nadie mejor rastreando a la gente de lo que Canuto y yo podemos. Le noté cuando paramos en una esquina una manzana atrás. Giró y miró fijamente la vitrina de una zapatería como si estuviera intentando contar botas.

— Entonces deberíamos desaparecernos de vuelta a casa — susurró Lily, con un deje de urgencia—. ¿Por qué le estamos conduciendo a una calle oscura?

— Porque — respondió James tranquilamente, mirando de soslayo hacia sus reflejos en la ventana de una tienda—, quiero ver quién es.

— James, ¡no! — murmuró Lily, mirándolo reprobadoramente—. ¡Sería insensato de tu parte!

— Quédate detrás de mí — dijo James, y Lily estaba ya muy enojada para percibir que su marido se estaba divirtiendo. Se giró otra vez y repentinamente tiró de Lily hasta un muy estrecho callejón sin salida. Al instante la empujó hacia un lado, a una serie de escalones en una entrada oscura. Permaneció delante de ella, con la varita sobresaliendo súbitamente de su mano. Le daba vueltas hábilmente entre sus dedos... un truco que él y Sirius habían practicado durante casi todo el quinto año escolar, creyendo que eso los haría parecer osados, apuestos y traviosos. Lily puso los ojos en blanco.

Se produjo un sonido de pasos en el sendero fuera del callejón y una sombra

apareció. Un momento después, una forma corrió por la esquina y luego hacia el callejón. La figura era delgada y vestía una larga capa negra. Le resbaló la capucha, revelando un grasiento pelo negro, con nariz ganchuda y rostro cetrino. Lily reconoció la figura inmediatamente y respiró hondo para gritar, pero James fue más rápido. Éste saltó los escalones de abajo, bloqueando la entrada del callejón y alzando su varita.

—*Levicorpus* —ordenó, pero su voz fue ahogada por la del recién llegado, que fue por una fracción de segundo más rápido con su encantamiento de desarme. Hubo un destello y la varita de James salió volando de su mano y cayó con un repiqueteo en una pila de latas viejas al fondo del callejón.

—Déjame decirte con honestidad, Potter —arrastró las palabras la voz del recién llegado—, que ya deberías intentar aprenderte algunos hechizos nuevos.

—Severus —exclamó Lily, moviéndose hacia el frente de James, ubicándose entre los dos hombres—. ¿Qué haces?

—No es lo que probablemente estés pensando, Evans. Ese barco ya zarpó. Y, por lo tanto, no tengo necesidad de explicarme.

—Estabas siguiéndonos —declaró James, acercándose a su esposa—. No es exactamente una conducta que alguien esperaría del próximo profesor de Pociones de Hogwarts.

—Y andar desprotegidos por ajetreadas calles urbanas no es exactamente lo que alguien podría esperar de dos personas que fueron alertadas sobre un posible ataque.

—¿Cómo es que lo sabes?

Snape suspiró dramáticamente.

—Para ser un Gryffindor, eres un hombre excepcionalmente desconfiado, Potter. Y por cierto, como nuevo profesor de Pociones, se me fue solicitado para ciertas *confidencias*. Déjalo como está.

Lily estudió los ojos de Snape.

—Pero, Severus, ¿por qué nos seguías?

La mirada de Severus se cruzó con la de Lily por un segundo y entonces la apartó, bajando su varita. Pareció luchar consigo mismo por un momento, y después gesticuló hacia James, mirándolo furiosamente.

—Porque, Evans, con *quien* te has juntado es muy arrogante e idiota para pensar que *nadie* puede tocarlo. No puede protegerte. Y si él no va a cumplir tal encomienda, entonces *alguien* debe hacerlo.

—Páralo ya —dijo James tranquilamente—. Ya oí suficiente. Vámonos, Lil.

—Severus —dijo Lily con serenidad, dando un paso para aproximarse a la negra figura—. ¿Cuánto sabes de esto? Sabes más de lo que estás dejando entrever, ¿no es así? Puedo sentirlo.

—Lil, no puedes confiar en él —determinó James, dándole un tirón por el brazo—. Por lo que todos sabemos, está involucrado de lleno con quien va en contra nuestra.

Snape apartó la mirada de nuevo.

—Marchaos —dijo cáusticamente—. Mientras más tiempo permanezcáis aquí, más peligroso resultará.

James se giró hacia Lily, encontrando sus ojos.

—Espérame aquí. Ya vuelvo.

Ella asintió ligeramente, con las cejas fruncidas. James levantó la mirada hacia Snape, pero el hombre de cabello negro aún miraba hacia otro lado, rehusando mirar a los ojos de James directamente.

James sacudió la cabeza con repugnancia y caminó con sigilo frente a él, dirigiéndose al montón de latas de la parte de atrás del callejón. Mientras buscaba su varita, pudo oír a Lily y a Severus conversar en voz baja. Snape era un estúpido miserable, pero a pesar de todo, James estaba seguro que él no representaba ningún peligro. Maldijo mientras se inclinaba para buscar su varita de entre las latas oxidadas en medio de toda aquella basura. Finalmente la encontró encajada en un rincón encima de un mohoso periódico. La cogió y la limpió con sus vaqueros mientras caminaba de vuelta a la entrada del callejón. Se detuvo repentinamente, y luego miró hacia arriba, examinando los edificios de los alrededores. Lentamente se giró y dirigió de nuevo su mirada hacia el final sin salida del callejón. Una sonrisa le marcó la cara.

—Yo sabía que este callejón me resultaba familiar —dijo para sí mismo. Tenía que contárselo a Sirius cuando volviera a casa. ¿Cuánto tiempo había pasado ya desde aquella fatídica noche? ¿Cuatro, cinco años? Imposible. Sirius probablemente iría a reírse y se preguntaría si las marcas de su moto todavía eran visibles en la vereda. Remus, sin embargo, no se divertiría con aquello. Era un tanto supersticioso; seguramente por causa de su «maldición», como él mismo decía. Ser arrinconado en el mismo callejón por la policía muggle una vez, y otra por Quejicus, era un tipo de coincidencia cósmica que Remus hallaría «portentosa». James decidió que incluso así se lo contaría.

—Vamos, Lil —dijo, acercándose a ella y dando la espalda a Snape—. Los demás estarán esperando. La última vez que dejamos al bebé con Remus y Peter, intentaron alimentarlo con un cuenco de puré de grageas de todos los sabores.

—James —dijo calmadamente, con los ojos todavía sobre Snape—. Severus no tiene

un lugar donde pasar Navidad.

James se detuvo y la miró.

—No puedes hablar en serio —masculló—. Desde luego que no.

—Pues sí, grandísimo tonto. Y sé que harás lo correcto.

James inspiró hondo y miró sobre su hombro. Snape había guardado la varita en su bolsillo y ya había alzado su capucha de nuevo. Mientras James observaba, Snape pasó junto a él, dirigiéndose a la calle.

—Oye, Severus —le llamó James, esforzándose para mantener su voz uniforme—. Hum, discúlpame por intentar lanzarte hechizos. Tal vez solo estuvieras intentando ayudar. Tal vez me dejes retribuirte acompañándonos a la cena en nuestra casa esta noche, ¿quieres? Lil preparó pato, y Sirius, Remus y Peter estarán allí. Será como en los viejos tiempos.

—Viejos tiempos —ridiculizó Snape, sin girarse propiamente. Suspiró—. Realmente no sabes con quién te estás metiendo, ¿cierto? Me invitarías a tu casa para mostrarme dónde es que vives exactamente, a pesar de todo lo que te ha dicho el director. ¿Tengo razón?

—De acuerdo —respondió James, con el semblante ligeramente sombrío—, si después de todo estás intentando decirme que no eres de fiar.

—Estoy intentando decirte que *nadie* es de fiar, Potter. No ahora. Tienes a Dumbledore, y tienes a tu pandilla. Esperemos que hayas escogido bien a tus amigos, aún cuando tengo mis dudas. Pero debes entender que aquellos que están en tu búsqueda no se detendrán por nada. No se pensarán ni dos veces en asesinar o torturar. Hasta que comprendas el peligro en el que estás, seguirás facilitándole las cosas a los que ansían destruirte. Ésta puede ser tu última advertencia.

—¿Cómo es que sabes tanto? —dijo James, entrecerrando los ojos y saliendo a la calle para encarar a Snape—. Dumbledore no dijo nada sobre asesinatos. Solo nos habló de una profecía que podría causar interés por nuestro hijo a El-que-no-debe-ser-nombrado y sus despreciables partidarios, y nos advirtió que vigilemos y estemos atentos. Dijo que nos avisaría si el peligro se volviera muy grave. ¿Por qué deberíamos creer en ti?

—¿De *dónde* piensas que el director obtiene esas pequeñas informaciones, Potter? —siseó Snape de repente, moviéndose en dirección a James de manera que prácticamente casi quedaban nariz a nariz en la oscuridad—. Estos son tiempos terribles, tiempos que exigen los tipos de riesgos y sacrificios que una persona como *tú* nunca podría comprender. *Algunos* de nosotros estamos dispuestos a aventurarnos en las sombras en nombre de ingratos como tú. *Algunos* de nosotros estamos dispuestos a tomar como nuestras las responsabilidades que *eluden* los demás. ¿Y por qué hacemos eso? Bien... —

Snape balbuceó, mirando de reojo a Lily, que lo estaba observando con los ojos muy abiertos. Dio un paso atrás y volvió la espalda—. Ni siquiera importa. Lo que importa es que prestes atención a las advertencias que recibes, Potter. Todo lo que importa es que entiendas a lo que te estás enfrentando. Después de eso, tu destino está en tus propias manos.

James estudió al otro hombre con los ojos aún entrecerrados. Finalmente, retrocedió y agarró a Lily por el codo.

—Feliz Navidad para ti también, Severus —dijo a secas.

Un momento después, un largo estallido resonó por toda la extensión del desolado callejón. Snape alzó la mirada y vio que James y Lily se habían ido, desapareciéndose a casa. Se sentía almibarado y despreocupado, aunque Snape no estaba sorprendido. Sacudió la cabeza muy despacio, enojado y confundido por los opuestos sentimientos que luchaban en su corazón. Se había arriesgado mucho al seguirlos, cuidando de ellos, pero no lograba ver cómo ayudarse a sí mismo. Quizás era hora de tener otra conversación con el director. Ahora no, pero sí pronto. No le contaría todo a Dumbledore; solo lo suficiente para proteger a Lily. Dejaría que los mortífagos cogieran a James, pero no a Lily. Era arriesgado, pero Snape estaba acostumbrándose bastante a los riesgos. ¿Qué sería lo peor que podría ocurrir? Si fuese descubierto, el Señor Tenebroso simplemente lo mataría. De algún modo, pensó Snape, aquello podría ser hasta un alivio.

Pensando en eso, se giró y comenzó a caminar de vuelta por la calle, yendo a ningún lugar en particular.

Tampoco había nieve en Godric's Hollow.

Peter Pettigrew oyó la alarma sonar en la cocina y se sobresaltó, casi dejando caer el libro que estaba hojeando.

—Te toca a ti, Colagusano —dijo Remus—, yo lo regué la última vez. Mejor

apresúrate antes que ese maldito reloj suene otra vez y despierte al bebé.

—Ya voy —refunfuñó Pettigrew, levantándose y atravesando la sala. Estaba muy caliente la casa, especialmente en la cocina, y esto lo hacía ponerse gruñón. Desde que había perfeccionado sus habilidades de animago, venía percibiendo que había encontrado las temperaturas domésticas congestionadas. Con su forma de rata, ansiaba pasadizos frescos entre las paredes, los rincones rancios del sótano, y las corrientes ventosas que corren por los húmedos áticos. Pettigrew jamás lo había admitido a alguien, pero su personalidad de rata se había transferido a su forma humana. Algún día, pensó, se transformaría en rata y permanecería así para siempre. La vida era fácil como rata. Sin aquellas competiciones y envidias del mundo humano. Solo dormir y comer, brincar y chillar.

En la cocina, abrió el horno y miró al gran y dorado pájaro. Para él parecía estar listo, ¿pero él qué sabía? Intentó recordar lo que Lily dijo antes de salir, pero había dicho tanto que no fue fácil sintonizarla. ¿Supuestamente tenía que darle la vuelta al pájaro y cambiar al bebé, o todo lo contrario?

Encima de la estufa un reloj cucú golpeó de repente, haciendo sonar la alarma que había perturbado a Pettigrew cuando aún estaba en la sala. El cucú saltó hacia fuera de sus puertecitas, saliendo y entrando en el aire frente al rostro de Pettigrew. Las alas de madera se desplegaron y su cabeza se levantó abriendo el pico.

—Pato asado con salsa de naranja —canturreó el cucú—. Para que se cocine en veinte minutos. ¡Hora de regarlo! ¡Hora de regarlo! ¡A nadie le gustan las aves secas!

—¿Y entonces qué hay de un pájaro cucú frito al rayo? —gruñó Pettigrew, sacando su varita.

El cucú inclinó su pico hacia Pettigrew.

—No necesitas enfurruñarte —regañó el pájaro, y se retrajo de vuelta a la casita de madera, cerrando las puertas antes de que Pettigrew pudiese responder.

Pettigrew regó el ave un poco fortuitamente, sin saber con exactitud cómo manosear el exquisito dispositivo tubular con la cubeta plástica en la punta. Maldita cocina muggle. James había prometido actualizar el lugar cuando él y Lily se mudaran allí, pero ahora estaba muy ocupado por causa del bebé y de Lily y su agradable visita aquí en medio de la nada. Pettigrew odiaba los lugares campestres. Había crecido en Londres, y amó cada segundo y detalle de ello. Y mientras crecía, también era una persona acomodada. No tenía riquezas, desde luego, comparado a Sirius, pero al menos tenían una cocina mágica digna. Cerró la puerta del horno un tanto ruidosamente.

Remus gritó desde la sala.

—¿El pato está dando guerra ahí?

—¡Lo siento! —gritó Pettigrew rápidamente—. Se me resbaló. La cosa con la que tiene que ser regado es muy grasienta.

—Bueno, déjalo así ya. Si despiertas al bebé, habrá pañales que cambiar.

—De acuerdo, Remus.

De pie en la cocina, Pettigrew se maldijo a sí mismo. Estaba bastante irritado estos días y no sabía por qué. Remus, Sirius y James eran sus mejores amigos y cada vez más frecuentemente se encontraba prefiriendo hablarles en mal tono que reírse con ellos. *No les hablaba en mal tono, por supuesto, pero aquello solo empeoraba las cosas. La lisonjera simpatía que oía en su propia voz le disgustaba. Cállate, Remus. Quería gritar. No me des órdenes. ¿Tú qué sabes? Sentado allí como un mero santurrón y mandando a tu antojo. ¿Quién es el hombre lobo aquí? ¿Acaso yo? No, soy aquel que invirtió años aprendiendo a como alcanzar mi forma animaga para seguirte cuando te transformarás, manteniéndote a salvo del mundo, y al mundo a salvo de ti. ¿Y es así como muestras tu agradecimiento? ¿Dándome órdenes como si fuera algún tipo de elfo doméstico mentalmente deficiente?*

Pettigrew se movió hasta la ventana de la cocina, mirando a través de su propio reflejo hacia la luna más allá de los largos y espigados árboles. Suspiró, calmándose a sí mismo. Aquello ciertamente no era lo que Remus pensaba. Remus se había mostrado agradecido muchas veces. Todos ellos trataban a Pettigrew muy bien la mayoría de las veces, ¿verdad? En la ventana, su reflejo asintió lentamente. Pero Pettigrew conocía la verdad. Ninguno de ellos jamás lo admitiría, pero todos sabían que él era el patito feo del grupo. Él nunca era tan confiado y despreocupado como ellos lo eran. Intentó mucho ser como ellos, enfrentar la vida como ellos la enfrentaban, con la frente en alto, con aquel brillo en los ojos, sin nunca mirar atrás. Sin embargo, en el fondo de su corazón Pettigrew sabía que lo que era valentía para ellos, era afectación para él. Que lo que era nobleza para James, Sirius y Remus, para él era cobardía. Y sabiendo esto, el mayor temor de Pettigrew era que los demás algún día viesen lo que realmente él era: una rata en forma humana, y no de algún otro modo.

Una semana antes Sirius tuvo una conversación en particular con Pettigrew. Había estado piloteando aquella ridícula motocicleta voladora y ofrecido a Pettigrew una vuelta en ella, para que así pudieran conversar en privado. Pettigrew le tenía miedo a la moto, y el miedo le había hecho odiarla. Había tartamudeado algo sobre que necesitaba regresar a la casa, y Sirius había dicho que era insignificante, con esa descuidada felicidad, como si el mundo entero pudiese cambiar de curso con apenas un mero gesto de su mano. Y quizás, había pensado Pettigrew celosamente, para Sirius aquello incluso fuera cierto.

—James y Lily van a necesitar un Guardián de los Secretos por fin —había dicho Sirius tranquilamente, montando a horcajadas su moto y mirando a lo largo de la

avenida del frente—. Estaba pensando quién podría ser el mejor para este servicio, Colagusano. Y estaba pensando en sugerir que fueras tú. ¿Qué dices?

Pettigrew sabía que la mayoría de las personas se sentiría adulada con tal sugerencia. Era una tremenda honra, ¿no? Pero Pettigrew no se sentía honrado. Sentía rabia y vergüenza. Sirius no se lo estaba pidiendo porque fuera la persona más confiable u honorable. Aquello era una broma. Sirius le estaba sugiriendo, a Colagusano, porque todo el mundo sabía que él no hacía daño a nadie. Otros podrían tener la fuerza o audacia o incluso la sangre fría para traicionar, pero Pettigrew no. Después de todo era una rata, y ya de por sí una rata bien obesa. Pettigrew haría un buen Guardián de los Secretos no porque era la mejor propuesta, sino porque era el más débil y tímido de todos. No traicionaría a los Potter porque, sencillamente, no tendría la sangre para eso.

Había habido luna llena la semana anterior, y como de costumbre, los cuatro se transformaron juntos y se escabulleron por el jardín en dirección al bosque contiguo: Remus, el lobo; James, el ciervo; Sirius, el perro; y siempre quedando atrás, correteando apresurado para mantenerse junto a ellos como siempre pasaba, Pettigrew, la rata. Al momento en que se habían adentrado a los lindes del bosque, Colagusano se había encontrado más lejos de lo habitual. Quizás los demás estuviesen andando más rápido, desinteresados cada vez más por esperar a la rata, o quizás el propio Colagusano hubiese simplemente abandonado la persecución. Quizás (incluso si fuera cierto el propio Colagusano no era muy consciente de ello) sencillamente se había rezagado a propósito para darse cuenta si los demás notarían su ausencia. Si esa había sido su motivación, habría quedado gravemente decepcionado; con el pasar de los segundos el sonido del trotar de sus amigos se había perdido totalmente en el denso coro de la noche.

Pero Colagusano no había sido *completamente* ignorado. Alguien, de hecho, lo había encontrado.

En la cocina, clavando la mirada en su propio reflejo, Pettigrew apenas podía recordar aquello. Sus recuerdos de las veces que pasaba como rata eran vagos, pero este recuerdo distinto parecía haber sido ofuscado, o tal vez incluso hubiera sido borrado. Circulaba por su cabeza como un enjambre de mosquitos, sin nunca apaciguarse. Había hombres allí, todos vestidos de negro, moviéndose sigilosamente a través del bosque, buscando algo. Un de ellos había descubierto a Colagusano, lo había reconocido por lo que era, y entonces cayeron ávidamente sobre él. Colagusano se aterrorizó; estaba a punto de ser asesinado, y en su forma de rata. Pero entonces una de las figuras le habló suavemente, con dulzura y melosidad. Como rata, Colagusano tenía que concentrarse para capturar el significado de las palabras, pero él las entendía lo suficiente como para saber una cosa: aquél hombre era malvado, quizás con el peor tipo de perversidad que se pudiera imaginar. Y con todo, incitantemente, ese hombre parecía haber visto algo valioso en

Colagusano.

—Eres despreciado, ¿no es así? —musitó la sedosa voz hacia la rata—. Puedo verlo. Puedo sentirlo. Tus «amigos», *ellos* no perciben tu verdadero potencial. Ah, pero yo sí. Te veo como eres *realmente*, amigo mío. Podría necesitar de un mago como tú. Irás en mi búsqueda y te ayudaré a convertirte en uno de los grandes. Tú, amigo roedor, puedes probar que eres mucho más importante de lo que alguno de tus «amigos» jamás imaginó. Deseas esto, ¿no? Sí, sí... desde luego que lo deseas... más que cualquier otra cosa... más que *cualquier* otra cosa...

—Tortúralo —había sugerido una de las voces—. Haz que nos la muestre ahora, esta misma noche. Sabemos que viven en las cercanías.

—Te estás precipitando —reprendió la voz sedosa, sonriendo—. Muy voraz, Lucius, e incluso así, muy burdo. Careces de sutileza. Éste puede sernos más útil de lo que piensas. Con él, observaremos... y esperaremos.

Las palabras perturbaron a Colagusano, como un picor en medio del cerebro. Le aterrizaron, y temía que todavía así sería asesinado. Pero entonces, repentinamente, las figuras se habían ido, desapareciendo en volutas de humo negro, abandonando la búsqueda, convocados.

Pettigrew creía saber quiénes habían sido aquellas figuras del bosque. Creía saber lo que ellos estaban buscando. Nunca buscaría esa horrible voz, por supuesto. Nunca. A pesar de todo, Pettigrew nunca iría a... nunca *podría*... traicionar a sus amigos.

Pero *Colagusano*, por otro lado...

Y en ese mismo momento la puerta de enfrente se abrió, dejando entrar una fría brisa en la pequeña casa de campo. Junto con ella, vino la voz de Lily.

—Solo es incomprendido, James —decía—. Y quizás *tenga* razón sobre ti. Estás siendo demasiado desconfiado.

—¿Quién es incomprendido? —dijo Remus, cerrando el libro y levantando la vista hacia ellos.

—Nos topamos con Quejicus allá en el callejón Diagon, os contaré todo cuando Canuto regrese. Quiero ver la cara de vosotros dos al mismo tiempo cuando os cuente lo que dijo. Por cierto, ¿dónde es que está metido?

—Fue a dar una vuelta por los jardines de la calle —respondió Remus, poniendo los ojos en blanco—. No es que sea un lector asiduo, ya sabes. Comenzó a ponerse inquieto una hora después de que salierais, aunque probablemente regresará en cualquier momento.

—¿Qué hay de mi pato? —preguntó Lily, dirigiéndose a zancadas hacia la cocina y

pasando junto a Pettigrew al salir.

—Pregúntale al cucú si quieres estar segura —respondió Pettigrew—, pero diría que podemos comérmolo a cualquier hora.

—Uh, oh, alguien sabe que llegasteis —dijo Remus, poniéndose de pie.

—Debe haber oído la puerta —dijo James, echando un vistazo a la escalera estrecha en dirección al sonido del vigoroso llanto de un bebé.

—Lo iré a buscar —anunció Lily, reapareciendo por la puerta de la cocina.

—Ah, no lo harás —se adelantó James, subiendo apresuradamente las escaleras—. Primero necesita ser cambiado, y ahora eso es trabajo de papá. Vas a sacar ese pájaro del horno y así será todo tuyo.

Remus sonrió.

—Eso es lo que llamo a ser un buen papá.

—Oh, si fuéramos muggles, iría a cambiar pañales tanto a menudo como a tragarse una ópera de principio a fin —dijo Lily, poniendo los ojos en blanco y sacando su varita—. Hagrid nos regaló uno de aquellos novedosos sistemas limpia pañales con forma de octogator, y los dos se carcajean como gaviotas cada vez que devuelve el pañal limpio y caliente por la boca.

—Suena divertido —comentó Pettigrew, desparramándose en el sofá.

—¿Necesitas ayuda con eso? —gritó Remus, acercándose a la entrada de la cocina.

—Creo que puedo hacer levitar un pato del... ¡no, espera!

Se produjo el sonido de una puerta siendo cerrada de un portazo y el ruido de patas en el tejado. Remus salió del camino hábilmente cuando una figura negra pasó disparada junto él, irrumpiendo en la sala y subiendo los escalones, dejando tras de sí un rastro de aire frío.

—¡Sirius! —gritó Lily furiosamente—. Casi me haces soltar... y mira el desastre que hiciste en el suelo de mi cocina.

—Ya me encargo de eso —dijo Remus, ahogando una risita. Sacó su varita y se adentró en la cocina.

Pettigrew continuaba sentado en el sofá, escuchando los sonidos de la casa; Remus y Lily charlando en la cocina, Sirius y James riéndose allá arriba. Un minuto después, los hombres descendían; Sirius delante, vestido con pantalones negros y una ceñida camiseta negra con la palabra «STYX» inexplicablemente estampada en la parte anterior en letras blancas, y James le seguía el paso con el bebé en sus brazos.

—Hablando de regalos —dijo Sirius—, dejé uno pequeñito en el jardín de tu vecina.

—¡Sirius! —reprendió de nuevo Lily desde la cocina.

—¿Qué? ¡Fue un gnomo de huerto! Por supuesto que no uno de verdad. Sólo una de esas pequeñas estatuillas. Pensé que a ella le gustaba ese tipo de cosas.

—Si continuas gastando este tipo de bromas, no permitiré más que tengas ni una muda de ropa aquí en casa —exclamó Lily, solo un poco contenida.

—Era un gnomo bien bonito también —Sirius habló entre murmullos, girándose hacia James—. Se lo compré a aquel mugriento sujeto del final de la calle.

—Limpito y contento —dijo James, colocando al bebé en los brazos de Pettigrew y lanzándose a una silla cercana. Pettigrew agarró al bebé torpemente e intentó sonreírle. En sus toscos brazos, el bebé se retorció y lo miraba fijamente. Muy lentamente, la pequeña figura se lamía los labios y se aferraba con fuerza del meñique de Pettigrew con su puñito cerrado.

—Ah, allí está —arrulló Lily amorosamente, apareciendo por la puerta de la cocina mientras enjuagaba sus manos en un trapón—. Aquí está mi pequeño Harry. ¿Tus tíos te trataron bien?

—Tan bien como lo necesita un lindo bebé durmiente —dijo Remus, juntándose a Lily y mirando hacia el fardo en los brazos de Pettigrew. Éste levantó la mirada hasta ellos y sonrió tímidamente.

—Todos dicen que tiene los ojos de Lil —comentó James, sonriendo hacia su hijo—, pero el resto de su atractivo aspecto de tipo recio viene exclusivamente de los Potter.

—No lo sé —dijo Sirius, sentándose en el sofá junto a Pettigrew e inclinándose para ver al bebé—. Está un poco falto de atractivo. Necesita una cosita. Una marca de nacimiento, o un tatuaje, como su padrino Sirius. Le falta algún rasgo característico.

—Ni se te ocurra —repuso Lily, arrebatando al bebé y meciéndolo cariñosamente—. Es lindo de pies a cabeza. ¿Verdad que sí? Sí, claro que lo eres. Mi bebecito lindo. Tienes hambre, ¿hum?

Harry emitió un alegre chillido pueril y se estiró en los brazos de su madre. Era muy joven para saberlo, pero estaba contento. Todo en el mundo marchaba bien. Todo a su alrededor eran rostros reconfortantes y sonidos amorosos. Era todo maravilloso y caliente en la casita de campo que era su mundo, y su barriguita estaba a punto de llenarse. El tiempo no significaba nada para un bebé tan pequeño, y aquello era bueno. Todo lo que importaba era aquel momento, y el momento mientras durase antes que el mundo cambiara una vez más, era perfecto. Hasta donde al bebé Harry le importaba, ese momento podía durar para siempre.

Mientras Lily alimentaba a su hijo y el pato se enfriaba encima del fogón de la cocina, esperando, como era una tradición, que Remus lo trinchara, se hundió en los recuerdos

del anochecer. Realmente era muy difícil no preocuparse. Por más impensable que fuese, habían personas allá afuera, lideradas por el horrible Señor Tenebroso, que aparentemente representaba peligro a su bebecito. Con la ayuda de la Orden, habían puesto encantamientos desilusionadores sobre la pequeña casa, pero éstos estaban lejos de ser óptimos. Tarde o temprano tendrían que tomar medidas drásticas, o Lily encontraría difícil conciliar el sueño por las noches. Por lo tanto, a pesar del desdén de James hacia el pobre e incomprensido Severus, ella se alegraba secretamente de saber que él los estuviera vigilando. Era un hombre confundido y desdichado, y Lily se sentía mal por todo lo que había (y no había) ocurrido entre ellos, pero ella confiaba en él. No importaba con qué o con quién estaba implicado —y Lily verdaderamente no quería conocer los detalles de tales implicaciones—, sabía que él jamás permitiría que nada terrible le sucediera a ella o a su hijo.

—Si realmente te importo —había susurrado hacia él en el callejón, mientras James se había alejado a buscar su varita—, entonces recuerda esto.

Y ella había abierto el bolso blanco y sacado unos diminutos pijamas. Se los había alargado a Severus como si quisiera que él los tocara. Él no lo había hecho.

—Vas a recordar que esto es lo que más me importa en el mundo —había susurrado ella, estudiando su cara y sus negros ojos—. Puedes odiar las decisiones que tomé, pero no puedes odiar lo que amo. Utiliza lo que sabes para protegerlo. No me debes nada, pero si alguna vez te importé de verdad, quiero que te importe él también. Puede que necesite más de lo que yo jamás necesité. Por favor, Severus.

Severus no había respondido, pero no necesitaba hacerlo. Lily había puesto los pijamitas de vuelta al bolso al ver a James regresar, y Severus había observado con ojos inescrutables. Él no era perfecto, pero le importaba, incluso si se odiara a sí mismo por hacer aquello.

Severus haría lo que pudiera. Podía ser un consuelo pequeño, pero por ahora, era suficiente.

El bebé Harry sonreía hacia su madre, feliz y contento. Era su primera Navidad, y era buena.

Fuera, silenciosa y perfectamente, la nieve había empezado a caer.

FIN

LA DÁDIVA DE MERLÍN



Un cuento de Navidad de los fundadores

Cuatro figuras, dos hombres y dos mujeres, irrumpieron en el Gran Comedor, moviéndose entre la muchedumbre de estudiantes desordenados que se reunían alrededor de las largas mesas.

—Parece que esta época llega más rápido cada año, ¿verdad? —proclamó el hombre más alto, que llevaba una singular barba de chivo—. Uno casi creería que los experimentos de cierta bruja con el tiempo habían tenido más bien resultados desastrosos.

—Ni siquiera piensas considerarlo, ¿no es así, Godric? —dijo la mujer de cabellos oscuros que usaba una ondeante túnica azul, sonriendo torcidamente—. Yo sí tengo planificado perfeccionar ese dispositivo algún día. Y tú, seguramente, serás el primero en la fila que me agradecerás el haberlo hecho.

La mujer con apariencia de estatua y de cabello rojizo y trenzado preguntó:

—¿Cómo has estado planeando llamarlo, Rowena? Se me escapó de la memoria.

—Creo que el término «giratiempo» fue sugerido —interrumpió el mago calvo y de rasgos severos, sonriendo con un ligero gesto de desdén—. El cual desaprobé fuertemente como una literal falta de lógica. Nada «gira» el tiempo.

La mujer de cabello oscuro, Rowena Ravenclaw, se irritó:

—No es una cuestión sobre cómo el aparato afecta el tiempo, Salazar. Eso es una descripción de los medios por los cuales es operado. Giros sencillos del elemento efectivamente encantado...

—Si no estoy equivocado —comentó Godric Gryffindor suavemente, colocando su mano sobre el hombro de Ravenclaw mientras subían el estrado en dirección a la mesa grandiosamente rodeada—. Hay una tradición a cumplir, ¿no?

—La hay, ciertamente —Hufflepuff, la mujer alta con trenzas, estuvo de acuerdo, tomando asiento—. ¿Artifex?

Un hombre joven y delgado, con labios bastante protuberantes y ojos saltones se sobresaltó al final de la mesa, donde había estado esperando a los cuatro. Sus muslos chocaron contra la mesa e hizo un movimiento brusco hacia su copa de agua cuando ésta comenzó a venirse abajo.

—¡Sí! Madame Hufflepuff, estoy aquí.

—Quedaríamos maravillados si nos deleitara con nuestros más recientes hitos de estas fiestas navideñas.

Artifex sacó un rollo de pergamino de su túnica y, permaneciendo de pie, lo desenrolló, extendiéndolo sobre la mesa. Se inclinó, se acercó al pergamino y biqueó.

—Iniciando con el décimo año anterior —dijo, y comenzó a citar—. Mientras estábamos ya engendrados para la dádiva de este festín, los fundadores viajaron hacia la cercana cabaña de un campesino como representación de mucha generosidad, resultando en muy buenas canciones de regocijo para el campesino, juntamente con su familia y vecinos. Slytherin discrepó debidamente. Durante la conmemoración del año siguiente, juraron hacer un tributo al año en apoyo a la construcción de una oficina de comercio muggle. Slytherin discrepó debidamente...

—Sí, sí —suspiró Gryffindor, agitando la mano—. ¿Pero qué haremos este año? Admito que tengo pensado hacer algo un poco diferente. Hemos crecido acostumbrados a distribuir nuestra propia abundancia, en vez de servirnos de nuestras propias habilidades. ¿No es contra ese rasgo que instruimos?

—De hecho, es contra ese rasgo por el que vosotros instruís —replicó Slytherin suavemente.

Ravenclaw asintió firmemente, colocando en la mesa su cáliz de vino.

—Godric tiene mucha razón. Ha pasado mucho tiempo desde que recobramos nuestros talentos por una justa causa. ¿No hemos dicho siempre que aquellos que pueden hacerlo y aquellos que no...?

—Por favor, no digas eso —Hufflepuff gimoteó—. ¿Pero entonces qué haremos?

En ese momento, con un estrépito reverberante y una ráfaga de aire frío, las puertas traseras del Gran Comedor se abrieron de par en par. Una figura atravesó de prisa la puerta, emergiendo de una nube de remolineantes copos de nieve.

En el estrado, Slytherin puso los ojos en blanco con desdén.

—Algunos de nosotros no pueden evitar hacer una entrada dramática. —Miró hacia la enorme figura; un hombre vestido con pieles de animales y una pesada capucha, con una barba dorada cubriéndole el pecho, subió al estrado.

—Merlinus —anunció Gryffindor, enderezándose rígidamente para saludar al recién

llegado—. Ignorábamos que estabais fuera del reino. Bienvenido.

El gran hombre inclinó la cabeza, sonriendo.

—Gracias, fundadores, pero no aparecí esta noche para participar de su festiva conmemoración. Vengo con noticias de extrema importancia enviadas por el propio rey.

—¿El rey Trufflebaum? —preguntó Ravenclaw, torciendo sus labios un poco—. ¿Por qué deberíamos prestar la más mínima atención a las palabras de un mero testaferrero? Él no es el autentico rey del mundo mágico, e incluso ni siquiera sabe que la Academia de Hogwarts es una autarquía.

—Mi fuente no es Trufflebaum —dijo Merlín en voz baja—. Mi fuente es el *rey*.

Hubo una pausa mientras todos los ojos se fijaban en él. Finalmente, Hufflepuff habló en voz baja:

—¿Noé?

—Ridículo —expuso Slytherin categóricamente, levantando su vino—. Cuento de hadas para niños. El rey Noé, primer rey del mundo mágico, muerto hace mucho tiempo, como todos sabemos.

—No todo el mundo lo sabe —corrigió Hufflepuff tranquilamente—. Y más creen en ese cuento que los mismos niños, como te *habrás* percatado.

Gryffindor atisbó de cerca al recién llegado.

—¿Tienes la completa certeza, Merlinus? No te impresionará saber que tu lealtad y dignidad son un asunto de bastante especulación aquí. Ese realmente no parece un cuento tan exagerado.

Merlín no parpadeó.

—No le veo con frecuencia, pero sé cuando lo hago. Es muy difícil dejarlo pasar por alto. Conoce vuestra tradición. Y os ha obsequiado una misión, una que, a lo sumo, es digna de vuestros poderes y virtudes. —Desplazó su mirada en dirección a Slytherin, quien entrecerraba los ojos.

En el extremo de la mesa, Artifex carraspeó cuidadosamente.

—Hum, estoy intentando seguiros, amos, pero estoy un poco confundido. ¿Cuál es la leyenda sobre el primer rey Noé? Admito que mis padres no eran contadores de historias particularmente imaginativos.

Gryffindor no le quitaba los ojos de encima a Merlín mientras hablaba.

—El rey Noé negoció un tratado que detuvo la guerra de largas décadas entre la dinastía élfica y la dinastía duéndica. Como retribución, la leyenda dice que a él le fue prometida la inmortalidad en beneficio de los elfos.

—¿Elfos domésticos? —aclaró Artifex, dando un vistazo desde el pergamino—. Pero ellos no son exactamente inmortales en sí, ¿verdad?

—No los elfos domésticos —contestó Ravenclaw—. Los elfos domésticos tienen una prole remanente mixta entre el linaje de los duendes y los elfos. Sus antepasados eligieron permanecer.

Artifex arrugó el entrecejo.

—¿Permanecer... dónde?

—Habrá tiempo para historias más tarde —interrumpió Slytherin, girándose hacia Merlín—. Eres un tramposo o más bien un fanfarrón. La tumba de Noé podría ser ilocalizable y estar perdida en la historia, pero eso es tan real como la mesa delante de nosotros. Podrías contarnos sobre esa misión encomendada a nosotros, mi amigo hechicero, pero deja los adornos «festivos» fuera de eso, si fueras tan amable.

Merlín estudió a Slytherin por un momento, entonces sonrió críticamente y asintió.

—Hay una joven bruja de nombre Gabriella que será víctima esta noche de un hombre lobo muy astuto. Eso debe ser prevenido a cualquier precio, pues el linaje de esa bruja se tornará muy importante para las eras venideras. Su chalet está aquí, en el bosque cercano, aunque no conozco la localización exacta. Sabremos eso a través de la veleta que está junto a la chimenea.

—¿Esta es tu misión? —sonrió Slytherin maliciosamente—. ¿Un ganso salvaje sale a cazar en una noche hibernal en busca del chalet de una campesina? —sonrió, como si la idea fuera deliciosamente ridícula.

—Eso se desliga rotundamente de nuestros métodos —reconoció Hufflepuff—. Pero si la información de Merlinus es precisa...

Slytherin ondeó una mano desdeñosamente.

—¿Qué más da que sea un chica campesina? Hasta los mismos licántropos merecen su festín navideño, ¿no es así?

—Puedes dudar de Merlinus, Salazar —dijo Ravenclaw fríamente—. Pero no puedes hacer bromas con las vidas de los otros, *especialmente* en Navidad. Tu corazón es tan frío como la noche que rehúsas a explorar.

—Dime algo, Merlinus —dijo Gryffindor, inclinándose para encarar al gran hombre detrás de la mesa—. Si esta misión es tan fundamental, ¿por qué no fuiste enviado a llevarla a cabo tú mismo?

Merlín permaneció callado durante varios segundos. Finalmente, dirigió su mirada a la distancia.

—Juré no interferir en este asunto. El rey exigió mi juramento.

—¿Y por qué debería ser así? —preguntó Gryffindor de forma coloquial, levantando un poco las cejas.

—Quizá te gustaría preguntarle al rey personalmente, Godric —contestó Merlín, levantando ahora una de sus cejas.

Gryffindor asintió, como si estuviese satisfecho.

—Acepto tu misión, Merlinus, siempre y cuando te unas a nosotros, aún cuando no puedas actuar. Quizás, como Salazar sospecha, eso demostrará una mera travesura por la nieve en esta noche de Navidad, ¿pero qué hay de perjudicial en ello? ¿No acabábamos de debatir la mejor manera de cómo utilizar nuestras habilidades únicas para la hazaña de esta noche? ¿Quién se me unirá?

Ravenclaw sonrió y sacó la varita de su túnica.

—Yo. Hace ya bastante tiempo que no unimos fuerzas para una aventura.

—También contarás con mi apoyo —se les unió Hufflepuff, poniéndose de pie.

Al extremo de la mesa, la pluma de Artifex garabateaba en el pergamino de rollo de papeles.

—Slytherin... como era de esperarse... se opone... —decía para sí mismo mientras escribía. En la última palabra, su pluma le azotó los dedos y flotó por encima de la mesa.

—Anula eso —dijo Slytherin suavemente, apuntando su varita hacia la flotante pluma. Con un movimiento brusco, envió la pluma de vuelta al pergamino, donde la última palabra había sido garabateada—. Creo que también les acompañaré en esta misión. Deseo ver cómo eso acaecerá, por el bien de Merlinus.

—Ah —replicó Artifex, agarrando su pluma danzante sin éxito—. Muy bien, entonces. Registraré vuestras proezas a vuestro retorno, fundadores.

Slytherin se alzó sobre sus pies, todavía disparando su varita hacia la pluma del muchacho, que oscilaba de arriba abajo.

—En realidad, bardo querido, creo que nos acompañarás. También podrás registrar aquello que veas, ¿sí?

El grupo comenzó a descender del estrado. Artifex a la retaguardia, todavía intentando apoderarse de su pluma mientras ésta se precipitaba fuera de su alcance.

—Muy bien, sí —dijo algo entusiasmado.

En la entrada, Ravenclaw se detuvo y giró. Se aproximó a un extremo de una de las largas mesas de estudiantes y la evaluó superficialmente. Viendo lo que estaba buscando, extendió las dos manos y lo asió.

—¿Para qué centellas podrías necesitar eso? —preguntó Gryffindor, bajando la mirada hacia la enorme calabaza en las manos de Ravenclaw.

—Tengo intención de intentar algo —respondió ella, displicente, alzando su mentón mientras pasaba por el lado de su compañero.

Juntos, el grupo se desplazó a la rotonda, yendo en dirección a las grandes puertas y dirigiéndose a lo profundo de la noche invernal.

— **P**or favor, toma nota, Artifex —animó Slytherin desde su asiento—. Me opongo, como era de esperarse, a este método de transporte.
Hufflepuff levantó su voz al viento.

—Silencio, Salazar. Eso tiene perfecto sentido, como Rowena resaltó.

—De hecho, ya que no sabemos la localización exacta del chalet de la chica, no podemos desaparecer hasta allí —dijo Gryffindor—. Y las escobas resultarían demasiado conspicuas en territorios muggles. A fin de cuentas, estamos intentando crear un perfil un tanto bajo estos días. De cierto modo, este método nos permite explorar el bosque mientras permanezcamos incógnitos.

—Es una calabaza —declaró Slytherin cuidadosamente.

—Es un *trineo* —corrigió Ravenclaw con estridencia—. Aunque pueda *parecer* un poco una calabaza...

—Sin mencionar el olor —interrumpió Slytherin.

—Pero eso funcionará magníficamente para nuestros propósitos. Y un reno realmente adiciona un toque un tanto pintoresco, si hago parecerlo.

—Continúo considerando que son ratones —olfateó Slytherin—. Me gustaría instruir a nuestro bardo para que los registre como tal, ya que tanto ellos como ese trineo retornarán a sus formas originales a... eh, ¿qué horas?

Ravenclaw suspiró.

—A la medianoche. Mira, no puedo ayudar. Ese tipo de magia posee limitaciones internas. No es como si fuese una típica transformación. Yo nunca habría sido capaz de mantener tal cosa durante la noche entera. Esto es magia de hadas. Lo aprendí con mi madrina. Siempre había querido intentarlo.

—Apreciamos que se nos permita participar —proclamó Slytherin con soberbia.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Merlinus? —preguntó Gryffindor desde el asiento delantero del trineo, arrebatando las riendas.

—El hombre lobo atacará a la damisela Gabriella cuando esté regresando a su chalet, justamente cinco minutos después de las once de la noche —replicó Merlín—. El lobo pretende tenderle una emboscada, de ese modo, debéis despacharlo antes que ella regrese, la chica nunca debe saber que estamos involucrados. Eso... complicaría la cuestión.

Hufflepuff se volvió con curiosidad, recordando algo.

—Más temprano, dijiste que el hombre lobo era astuto. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Mi querida señora, no lo creería si se lo dijera. Permítame simplemente declarar que este hombre lobo, en cuanto a su forma humana, es un pequeño lord muggle y escritor de historias. Particularmente, no buenas historias, según mi opinión general.

—Esa puede ser más interesante de lo que esperaba hasta ahora —reconoció Slytherin, sonriendo.

El trineo se movía tranquilamente por el bosque, alcanzando colinas y zigzagueando entre los árboles. Por todos sitios, el paisaje cubierto de nieve relucía azulado ante la luna llena. El hielo centellaba en las desnudas ramas, crepitando cuando los renos pasaban junto a ellas.

—Se está haciendo tarde —vociferó Ravenclaw después de un momento—. Nunca encontraremos el chalet a tiempo a esta velocidad. Necesitamos más ojos en la búsqueda. ¿Podríamos separarnos?

—No a menos que hayas traído más calabazas —respondió Gryffindor.

—Puedo ser capaz de ayudar —dijo Hufflepuff, levantándose de su asiento—. Artifex, ¿todavía tienes contigo algunas de esas galletitas de jengibre?

—Yo, eh, no tengo ninguna galleta de jengibre —balbuceó el joven—. Me temo que no sé de lo que está hablando, señora.

—Oh, Dios mío, Artifex, somos brujas y magos —bufó Gryffindor—. Se necesita más que hábiles y rápidos dedos para esconder galletas de nosotros. Están en tu bolsillo

derecho del pecho. ¿No te importaría compartirlas?

Artifex palmoteó en su bolsillo teatralmente.

—Oh, ¡estas! ¡Vaya! No, por supuesto que no. Me había olvidado completamente de ellas. Aquí tiene, señora Hufflepuff.

Hufflepuff cogió la gran galleta de jengibre de Artifex y la elevó. Miró por el rabillo del ojo hacia los demás.

—Siempre había querido intentar esto —anunció. Cuidadosamente, levantó la varita en el oscilante trineo y luego se la puso en la frente. Después de un momento, retrajo la varita de nuevo, extrayendo una larga y plateada hebra que fluía silenciosamente en el frío aire.

—Algo así como el pensamiento —comentó Ravenclaw, observando—. Pero, ¿qué harás con eso?

Sin responder, Hufflepuff levantó a lo alto la galleta de jengibre, cubriéndola con la hebra plateada. Repentinamente, alejó su varita de la galleta, rompiendo la hebra y dejándola retorcida alrededor de la galleta, donde lentamente se disipó.

—Y lo que, precisamente... —comenzó Slytherin, pero sus palabras se paralizaron cuando la galleta en la mano de Hufflepuff brincó. De forma bastante repentina, la galleta cambió de forma, brotándole dos rudimentarias piernas, brazos protuberantes y una cabeza enorme y plana. Los confites que adornaban la galleta se convirtieron en los diminutos ojos de la figura, mientras que un pequeño surco en la cara formaba una sencilla y sonriente boca.

—Espléndido —comentó Merlín apreciativamente—. Un hombrecito de jengibre para ayudarnos en la búsqueda. Dispone del único requisito necesario. Tiene ojos.

Hufflepuff asintió con orgullo.

—Y será veloz, a menos que algún campesino hambriento lo encuentre en su camino. —Dirigiéndose al hombrecito de jengibre, dijo—: Buscamos un chalet con una veleta partida junto a la chimenea. Si logras encontrarlo, regresa hasta nosotros lo más rápido posible y llévanos hasta allá.

—Retornaré lo más rápido posible —proclamó el hombrecito de jengibre con su vocecita chillona, saltando de arriba abajo sobre la mano de Hufflepuff—. ¡Esos nunca me cogerán!

Un momento después, el diminuto hombre pirueteó hacia fuera del trineo por la parte delantera y corrió a lo profundo del bosque iluminado por la luna, pateando un montón de nieve y tejiendo un sendero a través de los árboles.

—Eso es evidentemente ridículo —anunció Slytherin—, *para* el registro.

—Hum, hablando de eso —replicó Artifex, quitando los ojos de su pergamino—, ¿es buena hora para preguntar por el rey Noé otra vez? Como bardo y registrador, siento vehementemente que yo debería estar al tanto de tales cosas.

—Ahora es tan buena hora como cualquier otra, supongo —respondió Gryffindor, escudriñando los árboles mientras el trineo se precipitaba por encima de las colinas—. Helga, tú comprendes las leyendas tan bien como cualquier otra persona.

Hufflepuff asintió con la cabeza.

—A decir verdad, es bastante simple. Cuando el rey Noé ascendió al trono como primer rey del mundo mágico, una guerra ha estado gestándose entre dos facciones del mundo mágico durante siglos. Por un lado se encontraba la dinastía duéndica, la cual vosotros conocéis. Por otro lado, se hallaba la dinastía élfica, la que no conocéis, puesto que ésta se alejó hace mucho tiempo de nuestro mundo. La fuente de su enemistad fue hace mucho olvidada, la esencial semilla de ese conflicto siempre estuvo delante de ellos: eran demasiado similares como para aceptar las diferencias de cada uno, pero demasiado diferentes para apreciar las similitudes de cada uno. Los elfos eran una raza muy sabia y experta, diminuta y astuta, pero lo más importante, eran manipuladores del tiempo. Sabían cómo manipular el tiempo, de forma poco significativa individualmente, y de manera amplia cuando trabajaban juntos. Fue esa habilidad en sí la que llevó al rey Noé a delinear un plan. Con la asistencia del consejo élfico de líderes, eligieron el lugar más remoto de la tierra como la localización del más ambicioso encantamiento de ilocalizabilidad que jamás haya existido. Allí, crearon una nueva nación para su pueblo, escondida no solamente en el espacio sino también en el tiempo, existiendo en una burbuja de historia creada por los elfos y apenas accesible para ellos mismos. Cada elfo en la tierra emigró a su nueva nación, excepto aquellos que conocemos ahora como elfos domésticos, quienes escogieron quedarse por propia voluntad.

Artifex había estado garabateando frenéticamente, pero de forma repentina alzó la mirada.

—¿Por qué harían eso?

Merlín respondió:

—Los elfos eran una raza orgullosa y arrogante. Aquellos que se habían entremezclado con la dinastía duéndica adoptaron conductas serviles y de autoabhorrecimiento. Rebajándose a sí mismos a la posición de siervos y esclavos, creyeron que podrían, eventualmente, pagar penitencia por su herencia mixta y así un día ganarse la entrada a la nación elfo oculta.

Slytherin comentó:

—Así que ellos consiguen la recompensa final, y nosotros nos quedamos con la mano

de obra barata. Yo diría que eso es una disposición interesante para todos los involucrados.

—Llegando al punto —prosiguió Hufflepuff—. Los duendes se alegraron de ver que los elfos se fueron del mundo que conocían, pero vivieron en sospecha perpetua del rey mago que había trabajado con los elfos para concertar su éxodo. No obstante, por parte de los elfos, la leyenda dice que los líderes elfos prometieron retribuir al rey Noé por su sabiduría y esfuerzo. Juraron hacerlo desaparecer misteriosamente al reino de ellos cuando estuviera en su lecho de muerte. Genuinas a su mundo, las historias declaran que, décadas más tarde, los elfos líderes regresaron a nuestro mundo pocos momentos antes de la muerte del rey, llevándose con ellos para nunca ser visto nunca más. Allí, en su perenne reino, supuestamente todavía vive, restaurado y lleno de vida, incluso quizás vigilándonos a nosotros que fuimos dejados en nuestro propio mundo.

—Admito —dijo Artifex mientras paraba de escribir— que suena bastante como a un cuento de hadas. No una mala historia, más bien como una fábula, a pesar de todo.

—El chico muestra potencial —declaró Slytherin efusivamente.

—Mirad —interrumpió Gryffindor, señalando—. Nuestro pequeño amigo regresó.

Como era de esperar, mientras los ocupantes del trineo se inclinaban hacia delante, mirando con dificultad a la oscuridad, una diminuta figura se movió con velocidad por el bosque, serpenteando a través de los árboles y elevando una cola de nieve a su estela. Cuando se aproximó al trineo, saltó en el aire aterrizando fácilmente sobre la mano extendida de Hufflepuff.

—¿Nos tienes algún informe? —preguntó la mujer, mientras Gryffindor paralizaba al trineo con un frenazo.

—Sí —garganteó el hombrecito de jengibre—. Fui perseguido por tres muggles, dos magos, un zorro, quince cerdos, y por un cuervo muy persistente.

—Quise decir —dijo Hufflepuff, mirando a un lado hacia los demás—. ¿Encontraste el chalet?

El hombrecito de jengibre hizo un gesto de reverencia sobre su mano.

—De hecho, lo hice. Debéis seguir la estrella boreal descendiendo en dirección a aquella colina. Está localizada justo más allá del bosque, ni a cinco minutos de aquí.

Gryffindor tironeó de las riendas, girando el trineo en la dirección en que había informado el hombrecito de jengibre.

—No tenemos mucho tiempo —bramó, mientras el trineo recuperaba velocidad, zumbando hacia abajo directo a la colina y zigzagueando a través de los árboles—. Ahora son casi las once. El lobo atacará pronto, a menos que lleguemos en pocos

minutos.

Los ocupantes del trineo se aferraron a éste con mucha fuerza, mientras los renos galopaban por la nieve tirando del trineo cada vez más rápido. Los árboles comenzaron a diseminarse, y el trineo, repentinamente, pasó por encima de una plataforma de arbustos congelados, realizando violentamente un complicado viraje. Nieve estalló por todos lados, deslumbrando a los pasajeros durante un tenso y largo momento. Cuando el ambiente se hubo aclarado, Gryffindor, de súbito, tiró de las riendas, inmovilizando a los renos en la nieve y forzando al trineo a detenerse torpemente.

—¿Por qué nos detenemos? —exigió Ravenclaw, inclinándose hacia delante—. ¡El chalet está ahí, visible exactamente encima de esa planicie nevada! ¡Podemos caminar hasta allí en cinco minutos!

—Esto no es ninguna planicie nevada —expuso Gryffindor rotundamente, señalando algo.

Los demás miraron.

—Ah, sí —dijo Slytherin, acomodándose nuevamente en su asiento—. Es un lago congelado. Qué perfectamente decepcionante. Nunca soportará nuestro peso.

—Me soportó a mí sin ningún problema —apuntó el hombrecito de jengibre, desde donde estaba ubicado en la mano de Hufflepuff.

Ravenclaw se removió ansiosamente en su asiento.

—¿Tenemos tiempo para andar por ahí?

—No lo creo —dijo Gryffindor seriamente—. Vuélvete y mira al este. ¿Lo ves?

—La joven bruja regresa ahora mismo —habló Merlín, contemplando la luz de la luna. De hecho, un puntito de luz marcaba el progreso de una pequeña figura que llevaba una capa roja, tomando su camino a través de los árboles que rodeaban el lago. Un farol se balanceaba junto a la figura mientras ella se aproximaba al chalet.

—¿Qué haremos, amigos? —preguntó Hufflepuff rápidamente—. Me niego a creer que recorrimos toda esta distancia, descubriendo la verdad de la misión de Merlín, solamente para fracasar en la recta final.

Gryffindor se giró lentamente en el asiento delantero del trineo, con una sonrisa ampliándose sobre su estrecha perilla.

—Hay algo —dijo despacio—, que siempre he querido experimentar.

— **A**gradable como debería ser —exclamó Hufflepuff al rugiente viento—. Creo que eso está espantando un tanto a los renos.

—¿Qué hay para espantar? —replicó Gryffindor, sonriendo abiertamente mientras sostenía con suficiente fuerza las riendas.

—Bueno, para los principiantes —sugirió Ravenclaw afectuosamente—, ¡creo que están un tanto acostumbrados a tener sus cascos sobre el suelo!

Gryffindor se encogió de hombros.

—¡Absurdo! Después de todo, son ratones como Salazar recalcó, y como tal, no poseen cerebro para la inseguridad. Están dotados, y sin duda, estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Está lejos de mí haber mencionado eso —declaró Slytherin, echando un vistazo a uno de los costados del trineo—, pero yo sí creo que acabamos de pasar justo por encima del tejado del chalet en cuestión.

—Oh —reaccionó Gryffindor, tirando de las riendas de nuevo—. No temas. Aterrizaremos en la parte trasera del chalet, de esta forma ocultaremos nuestra presencia de la damisela Gabriella. El plan perfecto, me atrevo a decir.

El viento aullaba alrededor del trineo mientras Gryffindor lo pilotaba por el aire. Los renos galopaban valientemente, sus cascos silbaban en el frígido cielo nocturno. Mientras descendían, tejían a través de los pinos altos, acercándose al tejado del chalet iluminado por la luna. Un fino rastro de humo salía de la torcida chimenea. Junto a ella, justo como se había previsto, había apoyada una veleta de hierro forjado, partida.

Con un golpetazo y una sacudida, el trineo aterrizó en el diminuto jardín y se deslizó en una súbita parada.

—Deprisa, no hay tiempo que perder —urgió Ravenclaw, respirando profundamente—. Despachemos al lobo. Seguramente estaremos haciéndole un favor a esa criatura asquerosa.

—Espera, Rowena —dijo Hufflepuff, tocándole el hombro a su hermana bruja—. Todos no podemos entrar apresuradamente en el chalet. Recordad los detalles de nuestra misión. No debemos ser vistos. Discreción y perspicacia deben ser nuestro santo

y seña. Estoy segura que un mero hombre lobo muggle no requiere de la atención de nosotros cuatro, ¿no es así?

Hubo un momento de meditación, y entonces todas las miradas se volvieron a Salazar Slytherin.

—Discreción y perspicacia —repitió Gryffindor, sus ojos centelleando a la luz de la luna—, sí que parece ser tu especialidad, Salazar.

Slytherin puso los ojos en blanco.

—Cierto, lo haré —proclamó perezosamente—. Pero rehúso disfrutarlo. Permitid que el registro lo muestre.

Lenta y suntuosamente, Slytherin se puso de pie, colocándose a la retaguardia del trineo. Alisó su gruesa túnica, ajustó el cuello de la misma y se cubrió con la capucha. Y luego, con una repentina ráfaga de aire, se transformó. Artifex había oído sobre tales cosas pero nunca las había visto ocurrir. Quedó pasmado y presionó con fuerza los rollos de pergamino contra su pecho. Slytherin gruñó en el aire de la noche y se precipitó fuera del trineo, batiendo constantemente sus coriáceas alas.

—Sin duda alguna, eso no es tan atrayente —comentó Ravenclaw, su boca torcida como en una suave repugnancia—. Pero supongo que ser un murciélago a veces resulta útil.

El murciélago revoloteó por el aire, apenas visible a la luz de la luna. Cuando alcanzó el chalet, el animal escaló la pared de piedra desapareciendo bajo el alero. Varios momentos de tenso y largo silencio transcurrieron. En el trineo, Hufflepuff se giró y miró hacia Merlín, con una ceja arqueada.

—¿Cómo supiste realmente de esta misión hoy en la noche, Merlinus? —preguntó.

—Justo como os lo conté —contestó él sin alterar la voz—. El rey me envió.

Hufflepuff suspiró.

Un momento después hubo una explosión de ruidos en el interior de la casa. Se produjo un aullido amortiguado, una refriega salvaje, y después, un nauseabundo, horrible y gutural sonido. Cinco segundos más tarde la puerta trasera del chalet se abrió con un estruendo, haciéndose añicos, y un enorme y vagamente lobo humanoide se tumbó en la nieve, como si estuviera siendo impelido por alguna inusual fuerza. La criatura luchó por mantener los pies en equilibrio y entonces se escabulló por el jardín, lloriqueando y sin nunca mirar atrás.

En el trineo, todos los ojos atisbaron hacia el bosque por el cual el lobo había desaparecido.

—¿Me equivoco —dijo Ravenclaw indulgentemente—, o aquel hombre lobo llevaba

puesta ropa interior femenina?

—Creo que, en realidad, era un camisón —corrigió Gryffindor—, y una cofia. Tengo la absoluta certeza que llevaba puesta una cofia.

Hufflepuff se giró a Merlín una vez más, con una ceja arqueada de forma sardónica.

—¿Debemos entender —dijo irónicamente—, que el hombre lobo estaba vestido como la abuela de la jovencita?

Muy lentamente, Merlín encogió los hombros, los cuales se movieron como placas tectónicas.

—Os lo dije. Era un hombre lobo muy astuto.

Al otro lado del patio, una sombra se movió. Slytherin salió del chalet y, con indiferencia caminó a zancadas por la nieve, con su varita a un lado. Después de una docena de pasos se detuvo, como si estuviera recordando algo. Alzando la varita, se medio giró hacia la puerta rota.

—*Reparo* —dijo indolentemente. Los pedazos de puertas saltaron y se unieron nuevamente, contrayéndose al marco de la desgoznada puerta.

—Excelente trabajo, Salazar —comentó Hufflepuff mientras el mago calvo retomaba su asiento—. Vacilo en preguntar, pero, ¿qué sucedió con la abuela de la jovencita?

—Ah, eso —replicó Slytherin, enderezando el cuello de su túnica otra vez—. Ella estará bien. Un tanto espantoso; el hombre lobo se la había engullido por completo. Simplemente lo induje a, hum, vomitarla. Una leve modificación de memoria la ha convencido que había estado durmiendo la noche entera.

—Perdón por decir esto, Salazar —dijo Merlín mientras Gryffindor agarraba las riendas una vez más—, pero yo creo que sí parece haber disfrutado de esto, después de todo.

—Los misterios y las maravillas de la fuerza de voluntad navideña nunca cesan —masculló Slytherin, sin cruzar la mirada con Merlín.

Silenciosamente, el trineo avanzó veloz a través del bosque, volviendo a trazar su camino de regreso al castillo.

Una hora después, Merlín abandonaba el castillo a pie. Disfrutaba bastante de la nieve mientras caminaba por ella, sin dejar prácticamente marca alguna en la centelleante ladera. Mientras dejaba el fulgor del castillo y se adentraba al bosque, sintió que alguien estaba cerca, observando.

—Saludos, de nuevo, oh, rey —dijo, deteniéndose sin girar.

—Te he dicho que no me llames así —dijo una voz, riendo un poco de manera vacía—. Fue hace mucho tiempo desde la última vez que usé una corona. Ahora, todo lo que uso es un sombrero de invierno, y para ser honesto, creo que prefiero eso. Es mucho más caliente, especialmente de donde vengo, no cabe la menor duda. Asumo que todo salió bien.

—Sabéis que sí —replicó Merlín, girándose para encarar a la figura que había aparecido en la nieve. Noé era gordo y barbudo, y estaba sentado resplandecientemente en el asiento de un muy majestuoso trineo, mucho más ornamentado que aquél que Ravenclaw había transformado a partir de la calabaza. Enormes renos, mucho más magníficos y mejor entrenados que los ratones transformados, se posicionaban en dos cuerdas junto a los arneses del trineo.

—El tiempo es como un juguete para vos, oh, rey —continuó Merlín—. Si vos no hubieseis sabido que tendríamos éxito, nunca me hubierais enviado.

—Oh, no te irrites —dijo Noé—. Sabías que no podría dejarte dirigir la misión solo a ti. No se trataba solo de una tarea a ser completada, ya sabes. Se trataba de permitir a los demás mostrar su dádiva.

—¿No soy lo suficientemente dadivoso?

—La dádiva que más difícilmente cedés, Merlinus, es permitir que los demás ayuden. Pero sí, desde luego, tu dádiva es bastante digna. Y apreciada.

—Vos sabéis, leyendas al respecto están comenzando a dispersarse, rey —comentó Merlín, dando un vistazo hacia los árboles cercanos—. La gente está empezando a crear sus propias historias sobre el anciano gentil que se encarga de dar regalos y ayudar a personas necesitadas. Entiendo que incluso algunos dejan galletas con la esperanza de vuestra llegada. Si vos planeáis permanecer en secreto, será mejor que cubráis vuestro rastro de forma más eficiente.

—Suenas exactamente como mis elfos, Merlinus —rió el hombre corpulento. Fue más un sonido de alegría—. Siempre diciéndome que debería parar de aventurarme en el

mundo del tiempo. Es solamente una noche al año. ¿Cuánto daño puede causar eso?

—Algunos sospechan que el misterioso donador de regalos sois realmente vos, oh, rey —expuso Merlín, mirando directo a los negros y fulgurantes ojos del hombre—. Los campesinos, como mínimo. Lo llaman santo. Incluso los muggles empezaron a difundir la leyenda del alegre gordinflón que vive en el polo, donde los elfos construyen secretamente sus ciudades. No obstante, usan un nombre un tanto erróneo. Le llaman «Noel».

—Noel —remarcó el hombre gordo, como si estuviese probando la palabra—. De cierta forma, me gusta. Puedo usarlo. Es mucho mejor de lo que es Noé. De cualquier forma, ya no soy ese. ¿No concordarías?

—Amigo mío, no hay mucho con respecto a vos con lo que concuerde, pero diré esto: me divertís. Vos me divertís de modo interminable.

El hombre corpulento rió de nuevo y golpeó amablemente a Merlín en el hombro.

—Entonces, deja que ese sea tu regalo de Navidad, Merlinus. Eres muy solemne, amigo mío, muy solemne.

Merlín dio un paso hacia atrás, sabiendo que Noé —*Noel*, enmendó en sus pensamientos— estaba a punto de marcharse. Nunca permanecía en un mismo lugar por mucho tiempo.

—Decidme, oh, rey —preguntó Merlín, alzando la voz—, ¿por qué la muchacha era tan importante?

—Es importante porque todas las personas son importantes, Merlinus —rió el hombre corpulento—. Sabes eso.

Merlín se limitó a sonreír pertinazmente, y arqueó una ceja.

—Y —dijo Noel, levantando las riendas—, posee un descendiente bastante importante, a muchas y muchas lunas de aquí. Un descendiente que salvará muchas personas. Un Potter¹.

—¿Desde cuándo los fabricantes de cacharros salvan personas? —preguntó Merlín.

—¿Desde cuándo te empezó a importar la razón por la cual vale la pena salvar a las personas? —reaccionó Noel, sonriendo, con las mejillas sonrosadas y su blanca barba erizándose en la luz de la luna—. A propósito, me gustó lo que tu colega, Gryffindor, hizo con el trineo. Renos voladores, quién lo diría. Yo podría hacer cosas asombrosas con aquello. Tendré que conversar con mis elfos cuando vuelva al polo.

¹ En inglés, la palabra «potter» significa «alfarero». En la sentencia, se verifica un juego de palabras en el apellido y el significado común de la palabra.

Merlín simplemente meneó la cabeza mientras el hombre rollizo cogía las riendas. Los renos se pusieron en movimiento al unísono, tirando del trineo de forma tan repentina que Noel tuvo que estrujar sus manos contra la cabeza para mantener su gorro en el sitio.

—¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad, Merlín! ¡Feliz Navidad a todos!

El trineo se internó en el bosque a gran velocidad, desapareciendo en la lejanía antes que tuviese cualquier excusa para regresar. Merlín permanecía de pie en la nieve, observando el trineo alejarse, sonriendo para sí mismo y sacudiendo la cabeza.

Ese hombre podía estar un poco chiflado, pensó Merlín, pero sabía cómo dar buenos regalos.

FIN

LA ESCAPADA DE PETRA



Un cuento de Navidad de Petra Morganstern

Querido lector,

Esta historia es un poco inusual. Es una historia paralela que ocurre durante las vacaciones de navidad del libro llamado *James Potter y la maldición del Guardián*, la cual es la secuela de *James Potter y la encrucijada de los mayores*. Si aún no has leído alguno de estos libros, este cuento te contará una información muy, muy importante, y es más, puede que no tenga tanto sentido como esperarías. Por lo tanto, ¿puedo tener la osadía como para sugerirte que le eches un vistazo a las susodichas historias antes de continuar leyendo? Si disfrutaste de las historias sobre Harry Potter de la señora Rowling (¿y por qué estarías aquí si no lo hubieras hecho?), entonces hay buena probabilidad de que te gusten estas historias también. Y así entonces, regresa y lee «*La escapada de Petra*». Va a tener mucho más sentido, y te sentirás muy orgulloso por haber prestado atención a este consejo.

Si, por otro lado, ya has leído las historias anteriormente citadas, y conoces la historia de Petra hasta aquí, entonces espero que disfrutes esta vislumbre adicional de su vida.

Adelante...

— **S**e supone que este no es un deporte de contacto, Albus —terció James, empujando a su hermano lejos y derribándolo en el suelo cerca de la silla—. Casi rompiste mi varita, grandísimo zoquete.

—Tal vez si hubieses entrado al equipo de quidditch estarías un poco más acostumbrado al juego rudo —dijo Albus dulcemente, levantándose de un salto—. Además, si no fueras tan fácil de derribar, todavía estaríamos jugando y yo habría marcado un punto ahora mismo.

James, apoyándose con la silla, se levantó y se sacudió.

—Solo estás enojado porque voy ganando. Lily tiene razón; *eres* un mal perdedor. Me dijo que nunca más jugará Bannisters y Bedknobs contigo, porque la última vez que ella ganó tiraste las piezas del juego por la ventana.

—Miente —gruñó Albus—. Ella nunca me venció en aquel estúpido juego. Y además, mamá solo tuvo que usar un conjuro *Accio* para juntar todas las piezas y traerlas de vuelta del jardín.

James se giró en la sala común vaciada en su mayoría, levantando la varita.

—¿Cómo va el marcador, Rose?

Rose suspiró en su asiento cercano a la chimenea.

—Siete a cero —dijo, sin bajar el libro que estaba leyendo.

—¿Y quién va perdiendo? —instigó James, mirando por el rabillo del ojo a Albus.

—Yo —respondió Rose—. Quedaos quietos y dejadme leer. Esto es importante, así que si no os molesta.

—Solo levanta el winkle, ahora —dijo Albus, apuntando su varita hacia la ya bastante magullada manzana en la silla cercana—. Voy a estamparlo con el auger tan fuertemente que te quedarás limpiando compota de manzana de las paredes durante semanas.

James sonrió malignamente y los dos chicos levitaron la manzana entre ellos.

Desde un rincón, Petra Morganstern observaba en silencio. Ambos chicos se esforzaban por debilitar los hechizos el uno del otro, forzando a la manzana a girar y flotar de arriba abajo en el aire. Albus se precipitó desmañadamente por entre los muebles, golpeándose en las caderas al estar concentrado y casi tropezando con una pequeña mesa. La manzana brincó sobre el sofá y por poco cayó en el regazo de Petra. James se abalanzó hacia delante, con su varita vibrando enfervorizadamente en su puño. Se detuvo directamente al frente de Petra, sin nunca quitar la mirada de encima de la manzana que ahora iba y venía descontroladamente. Petra no se movía. Después de un momento, la manzana salió disparada por la habitación, lanzándose en picado hacia la chimenea. James saltó para quedar bajo ella, evitando que Albus diera en su blanco.

Después de algunos minutos, Petra se levantó. Sin saber a ciencia cierta hacia dónde se dirigía, atravesó la sala caminando, pasando directamente entre Albus y James. Ninguno de los dos chicos levantó la vista hacia ella mientras pasaba, a pesar de haberse movido tan de cerca lo suficiente como para que James rozara su rodilla con el faldón de la capa de la chica. Petra no estaba sorprendida. La capa le había llegado con el paquete de su padre, y era una capa notablemente poderosa. Ella no se estaba escondiendo exactamente. Ya se había acostumbrado a usar aquella prenda de vestir, en parte porque la calentaba, pero principalmente porque le daba la libertad que necesitaba para... explorar.

La invisibilidad era una valiosa preeminencia para alguien con tantos secretos.

Petra se apresuró a través de los pasillos vacíos, arrastrando su mano derecha por las frías paredes de piedra. La mayoría de las lámparas habían sido apagadas ya, pero las innumerables ventanas fulguraban con la luz del riguroso invierno, difundiendo las sombras, haciendo que los cuadros y juegos de armadura parecieran monótonos y apáticos. En su mano izquierda, obviamente, cargaba consigo un pequeño objeto. En ningún momento posó los ojos sobre aquella mano, y se habría sorprendido si lo hubiese hecho; quedaría conmocionada al ver el objeto apretado allí, pues casi era como si su mano izquierda tuviese vida propia. En vez de eso, Petra simplemente siguió caminando y mientras lo hacía, usaba solamente su mano derecha para abrir puertas y asirse de pasamanos, dejando la mano izquierda a su costado, siempre a su lado, guardando sus propios oscuros secretos.

El director Merlín estaba por ahí, en alguna parte. Petra no sabía en qué lugar del castillo se hallaba, pero podía sentirlo, incluso cuando no había sido visto desde hacía varios días. Él aún buscaba algo, y le preocupaba eso. Eso se convertía en ventaja. Ella tenía la fuerte sospecha de que, por más poderosa que fuese su enigmática capa, ésta probablemente no la ocultaría del director en caso de que apareciera en el pasillo. Por ahora, Petra se alegraba por no ser vista, especialmente por Merlinus. Continuó

caminando tranquilamente, sin ninguna prisa aparente.

En la parte superior de las escaleras, Petra giró hacia la derecha. Se adentró en un oscuro pasillo, alejándose de la enorme ventana del rellano de las escaleras. Hacía mucho más frío en esa parte del castillo, y el lugar hacia donde se dirigía estaría más frío todavía, pero a ella no le importaba. Apenas sentía el frío.

Sabía que había algo desacertado en lo que estaba haciendo, y aún así, de alguna manera, cuestiones correctas e incorrectas tenían menos importancia para ella ahora de lo que habían tenido meses atrás. Ahora todo resultaba muy confuso. Había tantas cosas que eran difíciles de asimilar, como su madre y padre, la caja del ministerio, y hasta la capa que llevaba puesta en aquel mismo momento. Había algo fundamentalmente incorrecto con su entendimiento de tales cosas, y con todo no conseguía hacer frente a la situación. Dolía mucho. La condenación de Petra era el hecho de ser inteligente, y por eso no podía continuar engañándose para siempre. La voz de la cámara le decía que, más temprano que tarde, todas las cosas cambiarían. Que sus esperanzas se concretarían pronto, que el equilibrio sería alcanzado, y que entonces todo terminaría. Nada más importaría. Todo el desconcierto y angustias se consumirían en la deslumbradora luz de una nueva realidad. Para entonces, Petra sólo tenía que controlar la batalla en su propio corazón y mente. Creía que era capaz. Esperaba poder hacerlo.

Se detuvo frente a la puerta del baño de las chicas. Allí dentro estaban las escaleras secretas que conducían a la cámara subterránea y luego hasta la extraña y parpadeante charca. Ella apenas tenía consciencia de que se había obsesionado por la charca y por sus irresistibles y tentadores secretos. Pero al mismo tiempo, sabía que no había nada nuevo allí para ella. Al menos no todavía. Anhelaba bajar allí a la oscuridad y ver los rostros de aquellos que amaba, pero sabía que ello sólo la perturbaría y frustraría. La hora aún no había llegado. Hasta que llegara, todo lo que podía hacer era mirar y esperar. Y temer.

Sin ser vista, su mano izquierda apretó aún más el objeto que sostenía. Era un pequeño y desarrapado muñeco con ojos hechos de botones y desgredado cabello negro de hilo. Su cabeza estaba decorada con un irregular relámpago garabateado con tinta verde oscuro.

(En la sala común de Gryffindor, James se llevó de repente una mano a su frente como si un golpecito de dolor le hubiese quemado en ella. El dolor menguó casi inmediatamente, pero se había distraído lo suficiente para que Albus se hiciera con su primer auger. Albus alardeó con alegría mientras James sacudía la cabeza, estupefacto y preocupado. Rose alzó la vista, con las cejas fruncidas, cruzando la mirada con James. El libro en sus manos estaba encuadernado con un tejido borgoña antiguo y deshilachado. En el lomo, realzadas en un dorado descolorido, se leían las palabras «*Libro de las historias paralelas. Volumen III*»).

En el pasillo frente al baño de las chicas, Petra estaba de pie perfectamente inmóvil, con su mano derecha extendida, sin exactamente tocar la gruesa puerta de madera. Finalmente, parpadeó. Se alejó de la puerta. Quizás ya hubiese bajado a la cámara lo suficiente durante las últimas ocasiones. Tal vez era hora de un descanso. Lentamente, luchando contra el imperante deseo de su corazón, giró y volvió sobre sus pasos. Aquello no la hacía sentirse mejor, pero la hacía sentirse un poco al control de la situación.

Últimamente, ésa resultaba ser una extraña sensación.

La ladera cubierta de nieve era casi cegadora en la luz fría de la tarde. Petra echaba un vistazo por los rincones mientras se alejaba del castillo, escuchando el crujido de sus botas al pisar sobre el sendero congelado. En realidad, no tenía ni plan ni destino en mente, pero los tejados de Hogsmeade se asomaron por encima de la colina justo a tiempo. Hilos de humo blanco de las chimeneas dibujaban líneas en el cielo, exteriorizando a familias felices y panaderías calientes. En la lejanía, Petra podía oír el eco de villancicos. Sonrió un poco para sí misma y se dirigió hacia aquellos sonidos.

Al entrar en el pueblo, Petra quedó enamorada de la muchedumbre vestida y agasajada alegremente que andaba por las calles parlotando y riendo. Ella sonreía mientras caminaba, y como había permanecido el tiempo suficiente en el dormitorio para recoger la capa de su padre (y el misterioso muñeco), muchas de las caras de la multitud le devolvían una sonrisa. Un mago bajito y arrugado se combó ante ella, quitándose su enorme gorro de lana y revelando un cráneo perfectamente calvo.

—Feliz Navidad, bella joven —proclamó felizmente—, ¡y que el año nuevo le traiga mucha dicha y felicidad!

Petra sonrió hacia el hombre un poco enigmáticamente y siguió caminando.

Una cuantiosa y desorganizada multitud estaba a un lado de Sortilegios Weasley,

pidiendo a gritos ser elegidos para lo que indicaban los avisos externos que decían: «¿CINCO HORAS DE LOCURA A ESCONDIDAS? ¡SÓLO UNA VEZ EN LA VIDA! ¡GEORGE PERDIÓ COMPLETAMENTE LOS ESTRIBOS! ¡SÚPER LIQUIDACIÓN NAVIDEÑA PARA ACABAR CON TODAS LAS LIQUIDACIONES!».

Petra miraba pero no podía ver a alguien que conociera entre aquel gentío que se empujaba amablemente. Pasó por el otro lado de la calle, bordeando un quiosco de periódicos de dos pisos y doblando hacia otra lateral que guiaba a Las Tres Escobas.

Estaba bien caliente adentro, abarrotado de magos y brujas codeándose unos a otros. Se apiñaban alrededor de las pequeñas mesas, bebiendo cervezas de mantequillas picantes y whiskys de fuego con menta añadida, y sus voces mezcladas retinaban en las paredes como un coro de pájaros. Petra se imbuyó en el pub y tomó asiento entre dos grandes hombros.

—¿En qué te puedo servir, cariño? —vociferó Madame Rosmerta por encima de la cacofonía de las voces, poniéndose frente a Petra, obviamente feliz por el movimiento exultante de las festividades.

—Quizás una habitación para una o dos noches —respondió Petra, colocando un galeón sobre la barra pulida.

Rosmerta dio una rápida ojeada al galeón diestramente. Estaba envejeciendo, pero todavía poseía una magnífica visión de felino y curvas sensuales que habían hecho de ella un icono en Hogsmeade durante décadas.

—¿Dándote una escapadita? —dijo, inclinándose hacia Petra—. ¿Estás segura de que eso sea una buena idea, querida mía? Puede que allá fuera parezca todo muy apático por ahora, pero cuando el sol se esconda las cosas se pondrán un tanto interesantes.

—Me sé cuidar sola —replicó Petra sonriendo, y algo en su sonrisa hizo que los ojos de Rosmerta se ensancharan ligeramente. Estudió a Petra por un momento y entonces hizo desaparecer el galeón.

—Los cielos saben que el mundo favorece a una mujer que sabe lo que quiere —objetó, frunciendo las cejas en aprobación—. Thrimple aquí te ayudará con tu equipaje, si tuvieras alguno. No servimos desayunos, pero nuestros almuerzos son más de lo que compensan. Elige a tu gusto entre los dos últimos cuartos, querida, y si necesitas algo, es solo cuestión de hacérselo saber, ¿entendido?

Petra asintió, sonriendo hacia la mujer más vieja.

—Bueno, eso es todo —dijo Rosmerta, inclinándose otra vez por encima de la barra y hablando directamente al oído de Petra—. Mantén tu varita siempre a mano después de la puesta del sol. Lobos han sido vistos por aquí últimamente, si entiendes lo que quiero decir. No duele nada ser más cuidadosa.

Petra asintió de nuevo, pero esta vez no sonrió.

Entre las posesiones terrenales del padre de Petra se encontraban una mísera muda de ropa, un sombrero, un par de botas hechas de cuero tan gastadas que apenas quedaban rígidas, una varita muy barata, una navaja, siete galeones y dos sickles, y un tarrito de knuts que Petra no se había molestado en contar. No era mucho, pero aparentemente representaba todo el capital que poseía a la hora de ser arrestado. Petra no había sabido qué hacer con el dinero, pero al entrar en la habitación alquilada en el piso de arriba de Las Tres Escobas, mirando por la ventana el panorama de la avenida Guddymutter mientras el anochecer la envolvía en una sombra púrpura, decidió que una «escapadita», como Madame Rosmerta había mencionado, había sido la elección perfecta. Su padre probablemente lo habría aprobado.

Había habido algo más en el fondo de la caja del ministerio. Envuelto en un pañuelo de papel, Petra había encontrado un brochecito de ópalo en un engarce de delicados ornamentos dorados. No había forma en que ella se hubiese enterado de aquello, pero mientras sostenía el broche en su mano, mirándolo, dos lágrimas solitarias cayeron, dibujando líneas en sus mejillas; supo que era un regalo de Navidad para su madre, comprado por su padre unos cuantos días antes de su arresto. Nunca había tenido la ocasión para dárselo. Incluso Petra podía decir que no era un broche particularmente costoso, pero sí tenía una gracia y belleza comedidas que la cautivaban. Por más modesto que hubiese sido, a su padre le había costado más que el salario de algunos meses. Mirando la pálida y opalescente cara de la piedra, Petra también podía imaginar claramente a su padre frente a la joyería (de algún modo, Petra sabía que había sido en «Ichabod, Reliquias y Rarezas», entre la intersección que formaba el callejón Diagon con el callejón Knockturn) vistiendo su mejor camisa y corbata, acomodándose el cuello, intentando lucir apuesto ante lo que sabía que estaba haciendo mientras el propietario, el propio señor Ichabod, suspiraba y sonreía con frialdad. Ella podía ver el brillo en los ojos de su padre clavados en el broche de ópalo de la vitrina, lo veía moverse hacia

delante, con su rostro absorto, embelesado por la mundana hermosura de aquel objeto. El precio marcado en una pequeña tarjeta junto al broche era mucho más alto de lo que había estado preparado para pagar. Pero había decidido ahí mismo que, a como diera lugar, la joya sería suya. Había tomado otro mes más de trabajo para que el padre de Petra ahorrara el dinero, durante el cual el señor Ichabod se había rehusado a retener el broche o a regatear el precio, ya que (como Petra lo podía ver claramente con su visión mental) sencillamente no creía que aquel modesto hombre que vestía un abrigo de pobre mal ajustado y bombín de obrero lograra pagar por tal broche alguna vez. Al final, sin embargo, él había reunido el dinero, y el señor Ichabod había empaquetado el broche felizmente y firmado un recibo con su detallista caligrafía de joyero. Y su padre había abandonado la tienda, cargando la caja en el bolsillo y esbozando una sonrisa de alguien que sabía que acababa de hacer algo maravilloso por una persona a la que amaba muchísimo.

Petra levantó la mirada y la dirigió hacia la calle cubierta de nieve del lado de afuera de la ventana, sin darse cuenta que todavía sostenía el broche en su mano. Quizás esa era una historia totalmente ficticia; la del señor Ichabod y su padre, y el broche de la vitrina, pero ella pensaba que no lo era. El recuerdo estaba clavado en el ópalo, guardado allí como un pequeño tesoro. Y ahora que Petra sabía cuál era el aspecto de su padre, habiendo visto su cara en el misterioso reflejo verde de la charca de la cámara, el recuerdo estaba aún más claro. Era una horrorosa visión, porque su padre nunca había logrado obsequiarle el broche a la mujer para quien lo había comprado, pero también era una visión agradable, pues su padre estaba feliz en ella. Él no sabía lo que estaba a punto de sucederle. Le aguardaba un futuro bastante escueto e indigno, pero hasta donde a él le incumbía, iba a ser espléndido.

Sin pensarlo, Petra prendió el broche de su capa. Habiéndolo hecho, se miró fijamente en su reflejo de la ventana. El broche resplandeció en la luz opaca del anochecer, capturándolo y volviéndolo mágico. La muchacha suspiró.

Un momento después abandonó la habitación, cerrando la puerta gentilmente tras ella. Iría a dar un paseo.

La calle principal se vaciaba mientras el sol se ponía con un obnubilante resplandor anaranjado y púrpura. El frío se colaba por el este, soplando remolinos de nieve como arena calle abajo. Petra se detuvo a lo largo de las ventanas de las tiendas de la calle, lanzando una ociosa mirada hacia los productos en exhibición: espadas de duendes decorativas y cálices en la metalistería Wravenbrick, pomposos portafolios de cuero y plumas en La Casa de las Plumas, coloridos vestidos y túnicas de rigor en Tiroslargos Moda. Sin darse cuenta, Petra se desvió de la calle principal y se encontró frente a la antigua Casa de los Gritos, cuyas cercas en ruinas estaban abandonadas y deterioradas desde que la casa había parado de gritar. Se cubrió con la capa cuando el frío comenzó a aumentar. Cuando finalmente decidió regresar a Las Tres Escobas y posiblemente pedir algo a Madame Rosmerta para comer, no sabía exactamente en qué lugar de Hogsmeade estaba. Hileras de casitas de campo, muchas en diferentes estados de decadencia, se agrupaban en la calle estrecha. Sobre los techos bajos, no obstante, Petra aún podía ver el reconfortante fulgor amarillo de las farolas a lo largo de la calle principal. Sin gustar de ninguno de los personajes que merodeaban por la calzada, giró en un callejón, pretendiendo tomar un atajo hacia una calle más poblada.

El callejón era muy estrecho y estaba abarrotado de nieve. Petra se esforzaba por no hundirse en ella, agarrándose de vallas y postes cercanos. Aquel era un tortuoso callejón, que se enganchaba en un área bien miserable del poblado. Petra no sabía que lugares como aquél existían en Hogsmeade. Ropa raída, casi congelada, pendía de cuerdas estiradas entre las construcciones. Cubos de basura y zaguanes sesgados se amontonaban en el callejón, casi obstruyéndolo. Sombras se aglomeraban densamente en los rincones mientras la oscuridad se asentaba, como si la noche nunca hubiese abandonado por completo el callejón, sino simplemente se hubiera retraído un poco durante la hora más brillante del día.

Había una incandescencia titilante en la próxima intersección del callejón. Petra bordeó la esquina, tropezando con un montículo de nieve particularmente macizo, y se encontró en medio de un grupo de figuras delgadas y desaliñadas. Estaban tan cubiertos con ropajes sucios y harapientos que hasta le tomó su tiempo reconocerlas como duendes. Las diminutas figuras se apelotonaban alrededor de un fogón mágico para duendes que ardía brillantemente en el cuenco de un caldero roto. Las llamas del fogón saltaban y danzaban frenéticamente, alimentadas, según parecía, por nada. Los duendes alzaron la vista hacia Petra, con sus intensos ojos negros ilegibles.

—Disculpado —dijo Petra, aspirando el frígido aire—. Sólo intentaba regresar a la calle principal. ¿Quizás podríais apuntarme en la dirección correcta?

Los duendes se quedaron mirándola meramente, con el semblante severo y sus largas y nudosas manos enrolladas entre las rodillas. Petra se preguntó por un instante si no tenían techo para refugiarse, y luego falló a favor de aquello. Los duendes eran excepcionalmente ingeniosos y autodependientes. Un fugaz vistazo por el callejón le revelaba la verdad: allí cerca estaba la entrada de servicio de la metalistería Wravenbrick, de forma que estos duendes eran probablemente los herreros, descansando después de un arduo día de trabajo. Habría parecido extraño si no fuera por las desconcertadas miradas de sus diminutos ojos mientras la observaban.

—Pues bien, de acuerdo —profirió la chica, empezando a bordear el grupo—. Veo que ya estoy bien cerca de la calle. Me guiaré yo misma.

Pasaron sólo unos segundos antes de que Petra notara que uno de los duendes estaba hablando. Su voz era profunda y serena, amenazante, pero extrañamente cortés.

—¿Será posible, compañeros, que la joven bruja aquí presente no sabe que está pisando sin autorización una propiedad duéndica?

Petra se detuvo con el sonido, su sangre estaba congelándose.

Otro duende habló, sin quitarle los ojos de encima.

—Parece que sí, ¡ja! Y lo hace tan descaradamente, sin respeto alguno por las costumbres o las responsabilidades. ¿Debemos aclarárselo?

—Lo siento —se disculpó Petra, manteniendo su voz impasible—. Pensé que este era un callejón público. No tenía intención de violar esta propiedad.

—Desacató la señal —dijo un tercer duende con suavidad, sin mirar directamente a Petra a pesar de su hostil mirada—. Desconoce la ley. Esperando por indulgencia, no hay duda. ¿No es eso típico de las brujas?

Petra estaba arrinconada por los tres duendes, de espaldas contra la fría pared de ladrillo. Aceleró el pensamiento, recordando que tenía su varita en el bolsillo de la túnica. Decidió no sacarla de allí, pues temía que aquello solo fuese a empeorar la situación. Los duendes empezaron a acorralarla, rodeándola.

—¿Cuál es, hum... la ley? —preguntó, y sus dientes empezaron a castañetear con el frío—. Y no espero ninguna clemencia de vosotros. No lo sabía. Me alegraré si, hum...

—Debe pagar un tributo —dijo el primer duende, con sus negros ojos chispeando mezquinamente a la luz del fogón mágico.

Petra tanteó en sus bolsillos.

—No tengo mucho. Creo que apenas media docena de galeones.

—Nada de dinero mágico, hija mía —mugió el segundo duende en voz baja—. No

estamos en Gringotts. Vuestra moneda no tiene ningún valor para nosotros.

Uno de los duendes se acercó, alzando sus pobladas cejas.

—Está usando posesiones de los duendes encima de su túnica, compañeros —dijo, animándose por primera vez—. Lágrimas lunares y un rollo de oro macizo. Allí, debajo de su hombro.

El primer duende miró y asintió lentamente.

—Sí, eso bastará. Si la honrada bruja fuese tan gentil de... —el duende alargó su callosa mano hacia Petra.

—No —soltó Petra, siendo lo más imparcial que podía—. No es mío para regalarlo. Pertenece a mi padre. No puedo...

—No es tuyo, de ninguna manera, hija mía —dijo el duende calmadamente, acercándose aún más.

—Eso pertenece a la dinastía duéndica. No osarías insinuar que no es obra nuestra.

—No —tartamudeó Petra—. No estoy diciendo eso. Es solo que...

—Nos insulta, compañeros —dijo el tercer duende, con sus ojos iluminándose horriblemente—. Nos pretende faltar el respeto y retener nuestro tributo y por si fuera poco nuestra propia pertenencia.

Petra se presionó contra la pared.

—No, es que... ¡debe haber alguna otra cosa!

—No estamos haciendo una petición, querida hija —replicó el primer duende, alzando la voz—. Entrégnanos el tributo, para que no lo tomemos por la fuerza. La magia de las brujas no parea ante la ley de los duendes. ¿O preferirías aprender la verdad de la manera más difícil?

El duende se acercó, su áspera mano lanzaba sombras sobre el broche en la capa de Petra. Ésta se encogió, presionándose contra los fríos ladrillos a su espalda, pero no hallaba la forma de salir de allí. El duende arrancó el broche de la capa rápidamente y casi de manera delicada. Y entonces, inmediatamente, se alejó, ignorándola y estudiando el broche a la luz del fogón. Petra se desplomó contra la pared.

—¿Qué haréis con él? —preguntó sardónicamente.

—Todavía está aquí —dijo uno de los duendes.

—Se marchará pronto, compañeros —replicó otro duende, volviéndose al fogón.

Petra se recobró, irguiéndose sobre sus pies y levantando un poco la voz.

—¡Pregunté que qué haréis con el broche!

—No es asunto tuyo, bruja —declaró el primer duende sin girarse—. Esto es propiedad de los duendes. Tus rústicas manos ya lo manosearon por mucho tiempo. Y para empezar, nunca fue tuyo.

—Mi padre trabajó muy duro para pagar ese broche —dijo Petra envalentonándose—. Lo compró honestamente. Ni se atrevan a decir que lo robó.

El primer duende la miró por encima de su jorobado hombro, claramente enfadado.

—Vosotros humanos y vuestros tramposos «pagos». Si es cierto que tu padre poseyó este objeto, desde luego que es un ladrón y mentiroso. Nunca le perteneció a él, y nos tomará probablemente un año para purificarlo de su inmundo toque. Ahora vete antes de que nos hagas irritar, bruja, y alégrate de que tu desvío esta noche haya devuelto este objeto a sus *legítimos* propietarios.

—Ese objeto perteneció a mi padre —declaró Petra, sacando su varita.

El duende se giró una vez más, lentamente, estudiando a Petra con sus intensos ojos negros.

—¿Debo dar por sentado que tu padre está muerto, querida bruja?

Petra sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Lo engulló, y sus ojos de repente relucieron enjuagados en lágrimas. No conseguía hablar. En vez de ello, vacilantemente, asintió.

El duende la estudió durante más tiempo, su mirada se hacía ilegible. Finalmente, se alejó de nuevo.

—Esta es una buena noticia, compañeros —dijo, ignorando a Petra—. El asqueroso ladrón está muerto. Su aliento se enfrió. Nos tomará solo la mitad del tiempo limpiar la pieza de su sucio toque.

Petra alzó la varita, mirando su extensión a través de un borrón de lágrimas. Con un pensamiento, el fogón de los duendes se extinguió. La oscuridad cayó sobre el callejón como un velo.

—Ese fue un error, hija mía —gruñó el primer duende desde la súbita penumbra.

—No soy tu hija —soltó Petra, hablando con voz impávida y fría.

Se produjo bullicio. En la impenetrable oscuridad sonaron chillidos, cortados por horribles y ruidosos porrazos. Los sonidos se mezclaron con el repentino y gélido viento que recorría el callejón, elevando la nieve y aullando por las alcantarillas. Trascurrieron menos de quince segundos.

Cercano a la entrada del callejón, donde se asomaba a la calle principal, un hombre joven se detuvo. Escuchó los resonantes gritos y el díscolo traqueteo, abriendo los ojos

de par en par. Sacó su varita y salió disparado al callejón, con su corazón volcándose en la garganta.

—¡Petra! —gritó, deteniéndose en la oscuridad—. Petra, ¿eres tú? Estaba intentando encontrarte. ¿Estás bien?

Una forma surgió de las oscuras profundidades del callejón, caminando pesadamente en la divagante nieve levantada por el viento. El joven observaba, levantando despacio su varita mientras la figura se aproximaba. Algo parecía brillar en la oscuridad; una especie de destello inconstante y perlado emanando de la capa de la figura.

—¿Petra? —preguntó de nuevo el muchacho, confundido y angustiado.

—Ted —dijo la figura saliendo a la luz amarilla de la farola más cercana—. En el momento más oportuno, como siempre.

—Petra —suspiró Ted, aliviado, moviéndose para poner sus brazos alrededor de la chica—. ¿Estás bien? Te vi pasar frente a la tienda hace un rato. Vine a buscarte en cuanto pude. ¿Qué estabas haciendo en ese callejón?

Petra sacudió la cabeza ligeramente, y sus ojos estaban extrañamente inexpresivos.

—Sólo daba un paseo.

—No creo que ese sea un buen lugar para pasear, Petra —se opuso Ted, conduciéndola fuera del callejón—. Especialmente por las noches. ¿Te encontraste con alguien ahí adentro?

—Volvamos, Ted. Tengo frío —contestó Petra, ignorando la pregunta. Caminó junto a él, permitiendo que los brazos del chico permanecieran a su alrededor, pero apenas sintiéndolos—. Hace mucho frío, Ted. Tanto frío que casi me estoy congelando.

— **N**o te puedo contar todo ahora —dijo Petra, mirando desconsolada al fuego—. Tal vez te lo cuente pronto, pero ahora es una historia muy larga. De momento, creo que es suficiente hablarte sobre la caja del

ministerio. Las posesiones de mi padre.

Ella y Ted se sentaban en sillas a juego de respaldo alto junto a la chimenea en la parte de atrás de Las Tres Escobas. Cerca, un flacucho árbol de Navidad parpadeaba con velas vivas, sus llamas centelleaban alegremente en cualquier color concebible. Ya era tarde y el pub estaba casi vacío. El elfo, Thrimple, se movía por entre las mesas manipulando mágicamente una enorme escoba y un recogedor con hábiles gestos de sus dedos.

—Se lo has contado a Noah, ¿verdad? —dijo Ted, mirando hacia la chimenea a través de su casi vaciado vaso de cerveza de mantequilla.

—Por favor, que no te entren celos ahora, Ted —suspiró Petra, sonriendo un poco—. Noah y yo somos sólo amigos, al menos por el momento. Además, tienes a Victoire. Y según lo que todo el mundo dice, los dos hacéis una bonita pareja.

Ted asintió enigmáticamente, apretando los labios.

—Así que no le has *contado* a Noah el resto, ¿no?

—No le he contado nada a nadie. No es bueno este tipo de secreto.

—Pero te preocupa —cortó Ted—. E incluso te atemoriza.

Petra sacudió la cabeza levemente.

—Nunca conocí a ninguno de mis padres, Ted. Se fueron de mi vida. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me debería preocupar? ¿Cómo es posible que puedas echar de menos a alguien que ni siquiera has conocido?

Ted no respondió. Por un momento se quedaron simplemente allí sentados, mirando fijamente al crepitante fuego mientras se consumía en la chimenea. Finalmente, Ted habló.

—No creo que necesites haber vivido con tus padres para conocerlos. Creo que los conoces por el vacío que su ausencia deja en ti. Los conoces por la forma de la vacuidad en donde debían haber estado. Al menos es así como lo pienso.

Petra asintió.

—Todo lo que sé es que los necesito. Necesito que me digan qué hacer. Estoy tan confundida.

—¿Crees que habrían sabido qué hacer? —preguntó Ted.

Petra pensó por un momento, y después se encogió de hombros.

—Mientras más adulto me hago —continuó Ted—, más empiezo a comprender lo poco que alguien sabe realmente. Crecí pensando que mi abuela lo sabía absolutamente todo. Y entonces, hace algunos años, me di cuenta que ella obtiene toda la información y visión del mundo de *El Quisquilloso*. Digo, no tengo nada contra *El Quisquilloso*, dentro

de lo que cabe, no está mal, pero una fuente inagotable de sólida opinión y reportaje imparcial es aquello que *no* lo es. Amo a mi abuela, pero fue ahí donde entendí, por más perturbador que fuera, que ella sólo estaba yendo y viniendo por la vida, viviendo más o menos como puede, así como el resto de nosotros. Averiguar aquello fue un poco atemorizante, pero por otro lado, también fue un poco reconfortante. Significa que soy tan capaz de ganarme la vida como ella lo hace.

Petra miró a Ted a su lado.

—¿Entonces ahora qué significa tu abuela para ti?

Ted forzó una sonrisa.

—Significa para mí lo mismo que ha significado siempre. Ella significa que siempre habrá alguien para decirme que me ama y que todo irá bien. Creo que ese es el motivo por el cual las personas que nos aman están aquí. Pueden no saber de qué están hablando, y pueden estar completamente equivocados, pero esto no quiere decir que no necesitamos oírlos de vez en cuando.

—Eso no es muy reconfortante —alegó Petra secamente, girándose hacia la chimenea.

—Es porque sólo ves el lado negativo de las cosas —dijo Ted con confianza—. Racionalizas demasiado. Tu problema es que eres muy inteligente, Petra. Piensas mucho.

—Mejor que lo opuesto.

—«*Au contraire*» —sonrió Ted—. A veces estamos tan seguros de lo que *esperamos*, que nos engañamos con lo que vemos, incluso si no fuera cierto, incluso si fuera una simple tontería. Tus padres no te hacen falta porque necesitas un mapa que te diga por dónde ir en la vida, Petra. Tus padres te hacen falta porque necesitas a alguien para que se quede a tu lado y te diga que sin importar a dónde te lleve el mapa, seguramente siempre será hacia una gran aventura porque ellos estarán ahí contigo, y te amarán durante toda la travesía.

Petra miraba de reojo a Ted, sin sonreír.

—¿Cómo es que has logrado hacerte todo un experto en el tema?

Ted se encogió de hombros.

—La edad, la experiencia y cuatro cervezas de mantequilla encima. Una copa de whisky de fuego más y me graduaré de una vez como supergenio.

Petra no pudo dejar escapar una sonrisa.

—¿Lo ves? —le dijo Ted, dándole un golpecito en el hombro—. Te hice reír. Es en esto en que son buenas las personas que te aman. Te hacemos reír no importa cuán

desesperantes estén las cosas.

Petra asintió y suspiró.

—Por cierto, me gusta tu cabello cuando lo llevas largo.

—Ah, sí, he estado intentando con diferentes estilos últimamente —repuso Ted con aire despreocupado—. Intenté con un corte bien rapado —mientras hablaba, su cabello se contrajo de repente en un corte militar, pareciéndose notablemente a aquel profesor de aspecto deportivo de Defensa contra las Artes Oscuras de Petra, Kendrick Debellows—. Y también intenté ponerlo largo, en un estilo medio rockero —Ted prosiguió, y ahora su cabello se retrajo y le creció de nuevo en la cabeza, cayéndole lacio como una cortina negra por encima de los hombros—. E incluso intenté con el estilo especial de George Weasley —terminó, y su cabello se tornó súbitamente revoltoso y pasó a un rojo flameante.

Petra se tapaba la boca con las manos y se carcajeaba vívidamente.

—Tu cara también cambió un poco —habló la chica, jadeando—. De veras te *pareciste* a George por un segundo.

—Es un poco difícil de controlar —admitió Ted, poniéndose de pie—. Hacía años que no usaba mis habilidades metamorfómagas. Aún vivo recordando cómo usarlas adecuadamente.

Petra se hundió en su silla, observando a Ted coger su chaqueta del colgador junto a la chimenea.

—¿Ya te vas?

—Sí —asintió el chico—. George me mandó a que abriera la tienda por las mañanas. Ese hombre no tiene ninguna consideración al hecho de que no soy una persona madrugadora.

Petra todavía sonreía mientras Ted se metía en su chaqueta.

—Gracias, Ted. Fue una buena conversación.

—Conversar es lo que mejor hago —replicó Ted—. Discúlpame por no darte nada para Navidad.

—No te lo reprocharé esta vez.

Ted se giró en dirección a la puerta, y después se detuvo. Medio sonriendo, se volvió hacia Petra y se inclinó hacia ella.

—Todo va a estar bien —susurró conspiradoramente—. Todo es una gran aventura. Y las personas que te aman... personas como yo... estarán ahí disponibles para ti, durante toda la travesía...

Petra sonrió, y esa fue una sonrisa genuina. Ted también le dirigió una sonrisa. Hubo un largo, casi incómodo momento, en el que compartieron sus miradas, y entonces, finalmente, el muchacho bajó los ojos.

—Buenas noches, Petra —le deseó—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Ted —ella respondió.

Ted se dirigió a la puerta, zigzagueando entre las mesas, y pisando el recogedor flotante de Thrimple. Una ráfaga de aire frío y el silbido del viento invernal atravesaron el lugar. El chico ya se había marchado.

Petra miró al fuego.

Un minuto después se asomó afuera, tomó la capa de su regazo, y encontró el broche de ópalo prendido allí. Lo quitó cuidadosamente de la capa y lo puso en sus manos.

—Ay, papá —susurró—. Dime que todo va a estar bien. Dime que me amas y que estarás conmigo durante toda la travesía.

Como había ocurrido antes, sostener el ópalo en su mano invocó la imagen de su padre en su mente. Lo vio comprando el broche del, de alguna manera, odioso señor Ichabod, lo observó cargando el broche en la tienda, y luego saliendo a la calle con él, donde una ligera nevisca caía. Estaba feliz. Había acabado de hacer algo maravilloso por alguien que amaba.

Petra se detuvo de repente, con la respiración atrapada en el pecho. Sus dedos se enrollaron suavemente alrededor del broche de ópalo, cubriéndolo. ¿Había estado equivocada? ¿Era posible? *A veces estamos tan seguros de lo que esperamos*, había dicho Ted unos momentos antes, *que nos engañamos con lo que vemos, incluso si no fuera cierto...*

En la visión de su mente, su padre caminaba con felicidad sobre los adoquines cubiertos de nieve, moviéndose a través de la multitud de compradores, tarareando alegremente. Y entonces, suave y lentamente, comenzó a cantar de manera desafinada:

Oh, tengo una niña, una hermosa niña, la niña más dulce que podría existir,

Y para esa dulce niña, de cabello negro y rizado, compraré un diamante esmeril.

Luego bailaremos juntos, al compás de las fresas y frambuesas, sin dejar de reír,

Y seremos para siempre, mi princesa y yo, como ovejas felices en un redil,

Como ovejas felices en un redil...

Petra pestañó, escuchando con los oídos de su mente. Su padre, de hecho, no había

comprado el broche para su esposa. Lo había comprado para el bebé que crecía en el vientre de su esposa. Por supuesto, no podía haber sabido que sería una niña, pero aun así lo sabía, o esperaba eso con tanta vehemencia que, para él, aquello era tan bueno como saberlo. Había querido comprarle a su hija una reliquia familiar, una herencia. La había amado incluso en el vientre, incluso antes de que naciera, incluso antes de haberla conocido. La había conocido simplemente a través de la forma de la esperanza que habitaba en su corazón.

Feliz Navidad, Petra, querida mía, mi princesita... Feliz Navidad...

Petra se sentó dentro del desierto pub y lloró por su perdido padre. Pero también sonrió, a pesar de las lágrimas que le caían. Todavía sostenía el broche, su regalo de Navidad. Lo apretó con más fuerza, balanceándose ante la luz del fuego, como si ella fuese un bebé amparado en tranquilizantes y fuertes brazos, balanceándose... balanceándose...

FIN